



EL MOTÍN



Año XXXIII—Madrid, Jueves 26 de Junio de 1913.—Núm. 26

SUMARIO:
Rivadavia, 1913
BUENOS AIRES

Entre lacayos

Mi querido Nakens:

He vuelto á leer, en tu Morín, un artículo que me dedicastes eu 1897, con el modesto título de «Inmodestia». No han pasado años por él. Ahí están, retratados de mano maestra y de cuerpo entero el partido republicano, los republicanos y los anticlericales á la moda española, es decir, de camama. «¡Qué lástima de sangre—exclamabas tú—la derramada para que sean libres tales mamarrachos! No ya siervos, esclavos merecían ser, y marcados en la frente con el hierro de la ganadería del señor.» Así ha sido. Pero observa cuán contentos y gorditos están después de vender cada quisque su parte de republicano por un plato de cocido.

En lo que yo no estuve conforme contigo en 1897, fecha de la publicación del citado artículo, ni estoy conforme ahora, es en oírte quejar de la saña de tus enemigos, de las calumnias de tus correligionarios, de lo ingratamente, en suma, que se ha conducido contigo la sociedad española. Es natural, porque tú, con tu manera de pensar y de sentir, eres excepción en ese medio ambiente; y porque en cualquier otro país los escritores y los periodistas como tú viven maltratados y mueren en el olvido. Mira á Amilcare Cipriani. Mira á ese pobre Drumont. No es de los nuestros, es un católico á macha martillo, un inquisidor frustrado; pero no vamos á negarle talento, cultura, consecuencia política, ni combatividad; no podemos negar que es un temperamento.

—Véame usted tal como estoy—decíale recientemente á un amigo que fué á verle, —véame casi ciego, imposibilitado de andar, condenado á reclusión, sufriendo mil y mil miserias. ¡Menos mal si yo hubiera envejecido rodeado de mis amigos y de mis compañeros de lucha! Pero casi todos se han ido, y yo quedo solo, arrastrando de cuarto en cuarto, de día en día, mi tristeza y mi inquietud. ¡Hay en alguna parte un hombre que haya amado más que yo la lucha y que haya combatido más que yo! Dios no me ha recompensado; la Iglesia tampoco; yo no he encontrado más que odio é ingratitud; y el viejo combatiente se irá como todo el mundo, lúgubremente, transido, impotente y curvado. Pero lo único que yo siento es vivir todavía. Sin embargo, trabajo y leo. Esta casa es tranquila. Cuando siento la necesidad de salir, voy al jardín. No es un parque; no tiene más que un árbol, un castaño que yo mismo sembré. ¡Vamos á verlo!»

Y Blanqui, ¿no te acuerdas del pago que los suyos dieron á Blanqui por haber estado, con intermitencias, cuarenta años en la cárcel? Le llamaban traidor y vendido, vendido y traidor porque consiguió salir de la prisión.

«...¿Quién ha bebido tan profundamente como yo—escribía él, lastimero—en la copa de la angustia? Durante un año la agonía

de una mujer amada, extinguiéndose lejos de mí en la desesperación, y después una eterna entrevista, en la soledad de la celda, con el fantasma de la que no existía: tal ha sido mi suplicio, para mí solo, en este infierno del Dante. Salgo con los cabellos blanquecinos, con el corazón y el cuerpo rotos para oír que me gritan al oído: «—¡Muera el traidor!... ¡Crucifiquemosle!...» «Has vendido por oro á tus hermanas», escribe la prostituida pluma de los corredores de orgías. ¡Oro yo, para ir á morir lentamente entre el pan negro y el cántaro de la angustia! ¿Y qué he hecho yo de ese oro? Vivo en un desván, con cincéntimos al día. Tengo en este momento, por toda fortuna, 60 francos. Y contra mí, triste despojo que arrastra por las calles un cuerpo dolorido bajo vestidos rapados, contra mí se fulmina el dicterio de vendido.»

No, Nakens, no hay que entristecerse, no hay que amargarse: antes al contrario. El espectáculo de la comparsa de republicanes logreros y trepadores que revolotean como moscas de alcantarilla alrededor de unas botas de montar; el espectáculo de una nueva corte de huelefondillos y lamepólipos, que se las daban de libres é independientes, debe enorgullecerte de tí mismo y satisfacerte de tu propia obra. Los farsantes políticos, que viven de traiciones y componendas, como los farsantes literarios y artísticos que viven de reclamos y bajezas, por mucho que se crezcan ellos mismos son gigantes con pies de barro, que á hombres de tu talla deben mover á risa y compasión. ¡Da tanto gusto el estar arrinconado y escarnecido cuando se tiene la convicción del propio mérito! Mira: acompañado de una carta escrita en Yooama, recibí hace meses unas *Llamadas* de incendio purificador, un librito, que es un buen puñado de verdades, dedicado á tres escritores, uno de los cuales eres tú, «porque en sus libros he aprendido á decir la verdad sin miedo», dice el autor explicando la finalidad de su dedicación.

Por otra parte, amigo Nakens, fíjate en que tú, para periodista en España eres mucha personalidad, por lo que has venido siendo un estorbo entre gentes que, por lo general, no tienen convicción ni entereza.

¿No sabes lo que ha dispuesto M. Hennion, nuevo prefecto de policía de París, con respecto á los periodistas?

Pues oye:

«M. Hennion ha decidido que, de hoy en adelante, los periodistas que vayan á la Prefectura deberán entrar por la escalera de servicio.»

Y *l'Humanité*, único periódico que ha protestado—que yo sepa—escribe:

«Nous ne connaissons pas, et surtout nous ne voulons pas connaître les raisons particulières pour lesquelles M. Hennion a édicté cette mesure arbitraire et humiliante au plus haut chef. Aucun de ses prédecesseurs n'avait osé assimiler les journa-

listes à des fournisseurs ou à des domestiques de la préfecture» (1).

Con justicia se califica de arbitraria y humillante esta medida, porque si bien son pocos, muy contados, hay periodistas que merecen entrar por la escalera de los señores. Pero la inmensa mayoría de ellos sí deben entrar por la escalera de servicio, y en cuatro patas además, porque los más de los periodistas, en París como en todas partes, son lacayos disfrazados, aunque moral y materialmente más sucios que los lacayos.

Consérvate como hasta ahora en el tiempo de vida que te queda y que te deseo sea breve, como á mí mismo lo deseo.

LUIS BONAFoux

París.

Respuesta

Querido Bonafoux:

Cada vez que me dedicas unas líneas en cualquier periódico, invade mi espíritu la misma sensación deleitosa que experimento en mí frente, cuando en un día muy caluroso viene una fresca brisa del Guadarrama á olearla. La imagen es un poquito cursi, pero expresa bien mi idea. Por esto, si un día te dijeren que había yo tirado definitivamente la pluma, contéstale á quien te lo diga: «¿á que se la hago coger yo nuevamente?». Y *donme* dos renglones, y lo verás confirmado.

Pero, no; este caso no llegará: le tengo tanto cariño, que he pensado encargar lo siguiente á los que estén á mi lado el día de la de *vámonos*: hacer esta única prueba para convencerse de que *finiquité*: colocar la pluma al alcance de mi mano; y si no la cojo inmediatamente, que no me tomen el pulso, ni pongan el oído junto al corazón, ni coloquen un espejito frente á mi boca para ver si lo empañó. ¿No cojo la pluma? Pues no hay más que hablar. Voló *malma* al infierno.

No tengo tiempo de contestar en este número á todos los puntos que en tu artículo tocas; mas como va lleno de ideas y hechos desagradables, y de sombras y negruras, voy á fijar en él un rayo de luz departiendo contigo un rato. Ya reanudaré la conversación en otro.

Me dices que no te gusta que me queje de la conducta que observan mis correligionarios conmigo. Y yo te pregunto: ¿De dónde has sacado que me quejo? Nunca lo hice. Cuando aludo á algo de lo que han hecho ó dejado de hacer conmigo, siempre es para fustigarlos por su fetichismo, su cobardía moral, su inconsecuencia... ¿Pero en son de queja? No. Me estimo yo en mucho para eso. Fíjate

en los artículos *fambres* de este número, y lo verás confirmado.

Me encargas que no me desanime ni me entristezca, y te pregunto también: ¿Quién te ha dicho que esté entristecido ni desanimado? Porque de mis escritos no puedes haberlo deducido. Las notas de amargura que á veces se me escapan, desvanécese pronto. No dudo del resultado final: dudo de la eficacia *inmediata* de mis esfuerzos; á la larga sé que triunfaré en los dos empeños primordiales de mi vida: descatolizar á España y unir á los republicanos para una acción común.

Aunque no he de ocultarte que, en vista de lo que veo y toco, sospecho que lo del descatolizamiento tardará más de lo que siempre pensé. Si los Mesías de talco que hoy usamos se agencian tan furibundos creyentes, casi me explico que haya quien se deje matar al cabo de veinte siglos por aquel que murió en la Cruz.

Por lo demás, créeme: nunca pensé llegar á la edad que alcanzo tan alegre de espíritu; ¡así lo estuviera de cuerpo! Mas ¡ay! de éste me veo obligado á decir en ocasiones lo que el gran Turena del suyo:

«Mi cuerpo no está ya siempre dispuesto á entrar en batalla; pero mi voluntad me empuja á pesar mío.»

Si yo me hallara ahí, ó aquí tú, nos veríamos á menudo, y te convencerías de que disfruto aún la «satisfacción interior que recomiendan las sabias ordenanzas», á pesar de todos los pesares; Sin esto, ¿dónde estaría ya? Ciertamente he limitado mucho mis aspiraciones.

No tengo desde hace tiempo más que una preocupación: *dejar en tomos mi vida*; más claro: recopilar cuanto yo quisiera que de mí quedase. Lo tengo todo coordinado, en espera de que me toque la lotería, juego inmoral, etc., etc.; pero...

¿Mas quién sabe? Quizás consiga ver realizada esa aspiración modesta, aunque no me toque; ya que la otra, la grande, la de ver restablecida la República, va desapareciendo lentamente del cielo de mi esperanza. Vendrá seguramente, mas sospecho que no la veré. Viene muy despacio, tal vez por vengarse de los que no hemos ido hace años á buscarla y traerla. Mas no tiene pizca de razón. No hemos dejado de ir á buscarla por falta de voluntad, sino de tiempo. Lo primero es lo primero, y no se puede repicar y andar en la procesión. Ocupadísimo en crear jefes, vitorearlos, mitinear, banquetear, insultarnos, dividírnos y á veces zurrarnos, nos ha sido imposible traerla. Hay que ser justos hasta con nosotros mismos.

Pero volvamos al tema.

Si realizara aquella aspiración, la de publicar los libros, moriría relativamente contento: ellos seguirían luego batallando en mi nombre.

Y ahora una noticia consoladora, Bonafoux: nunca he estado tan cerca de lograr mi deseo:

Hace un par de meses vino á verme un joven español, muy ilustrado y entusiasta, Nicasio Pajares, que reside en

Buenos Aires y tiene montado en grande un Centro de publicaciones españolas. Hablando hablando recayó la conversación en este punto; y juzga cuál no sería mi sorpresa, al oírle decir: «Yo me encargo de que realice usted su sueño. Venderé allí los libros que aquí no vende usted, y con su producto podrá hacer esos otros.» Calcula tú cómo me quedaría. Contentísimo. Le estreché efusivamente la mano.

Con que prepárate á recibir un chaparrón de tomos, y piensa siempre que llegue á ti uno, en la alegría y animación que disfruta este viejo republicano imbécil, que no ha sabido reunir en cincuenta años de trabajo incesante ni tres ó cuatro mil duros para satisfacer su *última aspiración*, y ha necesitado que venga un entusiasta desde el Nuevo Mundo á ofrecerle su concurso para que la satisfaga. ¿Si descubriría Colón el continente americano para esto, para que á los cuatro siglos pudiera ufanarse de haber contribuido á la realización de este suceso, de trascendencia incalculable para el porvenir de la Humanidad?

Creo que, después de leído el párrafo anterior, te convencerás de que no estoy ni desanimado ni entristecido, si no esperanzado y alegre, y con el buen humor de siempre; y de que, aun cuando por cualquier incidente inesperado esa mi esperanza se desvaneciese, nadie podría quitarme la felicidad que hoy disfruto al halagarla; y eso que, como vulgarmente se dice, el homo no está para bollos.

Si pasas ligeramente la vista por este número, verás la zalagarda que hay armada aquí. Nadie se entiende, y menos que nadie, los republicanos. No sé ya si indignarme ó reírme, pues para todo hay motivo.

Unos republicanos contratando su democracia con la monarquía; otros dejándose manosear todo por esa señora, menos el gorro frigio, que aspiran á conservar para seguir poniéndoselo á sus correligionarios; otros embrollando sus declaraciones con el socorrido *donde digo digo, no digo digo, que digo Diego*; y todos los agregios (?) y sus feligrases, renegando de mí.

Y entretanto el pobre Juan Lanús vitoreando á unos ó á otros; peleándose con su sombra por si San Caralampio es más milagroso que San Apapucio; ó quedando á lo mejor tendido en el suelo del balazo de una *browning* carlista...

Mientras allá, al otro lado del Estrecho, nuestros soldados son agredidos traidoramente por los moros, en una guerra que no es tal guerra, según dice el gobierno para evitar que los ricos vayan á ella.

En fin, querido Luis; que esto es una porquería y una vergüenza.

Iba á poner punto aquí, mas no quiero terminar sin decirte que me ha causado pena lo que me dices de Drumont. Desde que escribió aquel libro contra la Banca Judía, me era simpático: siempre me lo fueron los que escupen al éxi-

to, piensen como piensen y estén donde estén.

Y me apena doblemente, porque, siendo católico, debe ser muy desconsolador para él convencerse de que la justicia de Dios allá se anda con la de los hombres; y de que la Iglesia, tan complaciente y jarabosa con los Morganes protestantes, aunque sean millonarios, ó precisamente por serlo, abandona á los que á su servicio se consagraron, si no tuvieron la previsión de enriquecerse.

Y ahora que hablamos de dinero. Ya sabrás que la Banca Judía y la Católica se han conchavado *del todo* nace unos veinte días, repercutiendo esta gran inmoralidad heterodoxa en todas las Bolsas del mundo. ¡Y quería Drumont que la Iglesia lo amparase después de escribir aquel libro contra los banqueros judíos!

Hasta otro día, Bonafoux, y cuidate mucho. Malo es esto, pero como más allá no hay nada mejor...

Un abrazo.

JOSE NAKENS

Sin ironías

El viernes publicó *El Radical*, órgano de Lerroux, un artículo titulado *Replica al revolucionario Nakens*, diciendo que recibe numerosas protestas censurando acrememente la *injustificada campaña* de *El Motín*, pero que no las publica, porque «la Verdad es inexpugnable baluarte contra el que se estrellan osadías y calumnias.»

El artículo, á vuelta de afirmaciones de respeto y consideración hacia mí, que agradezco en lo que valen, tiene dejes de ironía, de que prescindir: la cuestión suscitada es grave para el porvenir del partido republicano, y no es cosa de preocuparse por el te dije ó me dijiste.

Nunca, desde que entré en la política, he tenido que hacerme violencia mayor que ahora para juzgar un acto de un hombre, no sólo por las simpatías personales que siempre me inspiró Lerroux, sino por que ha sido, desde que murió Ruiz Zorrilla, el que más fuerzas revolucionarias ha reunido, el que más esperanzas ha despertado, el que preocupó más á los monárquicos.

Mi conducta con Lerroux fué siempre distinta de la que muchos republicanos siguieron con él: que se me cite un renglón siquiera que yo haya escrito haciéndome eco de lo que contra él han dicho. En cambio él sabe, como lo sabe Ricardo Fuente, director de *El Radical*, que no he desaprovechado ocasión alguna para demostrarle que me interesaba por su prestigio. Al dirigíle en 30 de Noviembre de 1911 el artículo aquel que fué tan comentado (y del que á continuación insertaré unos párrafos), no llevé otro fin que el de ver si podía evitar que se perdiese para el republicanismo la gran fuerza que dirigía.

No todos lo interpretaron como debió serlo, mas yo quedé satisfecho de aque-

lia violencia que me impuse en beneficio del partido republicano y de Lerroux.

Desde entonces acá han caído sobre él nuevas acusaciones; se le han hecho cargos que no le favorecen; se ha hablado de inconfesables apoyos que presta á los gobiernos monárquicos, y yo he proseguido callando. Y no ha sido ciertamente porque no llegaran hasta mí excitaciones de un lado y de otro para que interviniese, pues fueron y son muchas.

Pero habla ahora en el Congreso, y sale por unos registros que nadie esperaba; los monárquicos lo aplauden, los republicanos se indignan, y se introduce una confusión horrible en el partido; se me interroga, se me pide que hable, y al hablar, lo hago con la claridad y franqueza de siempre; con la que tienen derecho á esperar de mí los que atienden mi opinión.

Si yo tuviera algún interés en que Lerroux perdiese partidarios, no hubiera hablado ahora: soy ya muy viejo en política para no comprender que á todo caudillo popular le conviene, sobre todo cuando sus huéspedes van mermando, que se le ataque; así galvaniza los entusiasmos por algún tiempo... Mas ¡ay! desgraciadamente para el partido y para él, hace tiempo que el mayor enemigo de Lerroux, es Lerroux. Todos los demás juntos no hubieran podido perjudicarle en un siglo, tanto como él se ha perjudicado en un año.

Creo que no volverá á recobrar su antiguo y merecido prestigio, á menos de no realizar un acto bizarro y decisivo, de esos que hacen olvidar errores y sepultar faltas pasadas, santificándolas á veces. Si ese caso llegare, no sería yo el último en alegrarme; que por algo le dije al final de mi artículo de 1911:

«Lerroux puede prestar todavía grandes servicios, si no se empeña en mantener á toda costa la apariencia de su pasada preponderancia, como las casas aristocráticas que vienen á menes su antiguo esplendor.

«Allánese á la realidad; no imponga hoy, vencido ó muy quebrantado, las arrogantes condiciones que impondría para unirse á los demás republicanos si se considerase vencedor; saque de la adversidad las enseñanzas que la prosperidad le negó, y... ¿quién sabe?, tal vez por este camino logre colmar los anhelos de su justificada ambición.»

Y de que yo sería el primero en olvidar todo y alegrarme, se lo garantiza la conducta política de toda mi vida: jamás tuve en cuenta los errores del pasado de ningún hombre, cuando creí que en el presente podía servir á la causa republicana. Ejemplos:

Creí que Ruiz Zorrilla era el único revolucionario de altura que había en España, y lo defendí años y años; vi un día que, por causas que no cuadra discutir aquí, vacilaba ó cedía en su actitud, y me coloqué enfrente.

Combatí á Castelar por el apoyo que prestaba á la monarquía: mas al verlo

poco antes de morir dispuesto á combatir de nuevo, le ofrecí mi ayuda.

No fui nunca entusiasta de Salmerón; mas pensé un día que pudiera su nombre servir de lazo de unión entre los republicanos, y lo que hice por elevarlo, en la memoria de todos está. Cuando vi que me había equivocado, volví á colocarme frente á él.

En esta aparente inconsecuencia fundé siempre mi consecuencia.

Si el Lerroux que aparece destrozado en la caricatura del número anterior, se alzase altivo mañana y acogotase al Lerroux que lo atropelló, gritando nuevamente: *¡Are mes que may!*, el primer aplauso que escuchara sería el de

JOSE NAKENS

Párrafos de un artículo

«Aún recuerdo con alegría aquellos primeros tiempos de Lerroux en Barcelona, cuando resumía y compendia todos los anhelos revolucionarios y todas las ansias de justicia, siendo á la vez eco de todos los gemidos, de todos los dolores de aquel pueblo excepcional. Por compendiar y resumir todo esto, se unieron á él los catalanes de corazón que soñaban con reivindicaciones justas y cambios redentores.

Era hermoso verle, según me han contado, avanzar gallardamente hacia la multitud que le aclamaba frenética, y confundirse con ella hasta un punto, que habría sido imposible distinguir el suyo entre tantos millares de rostros varoniles, á no ser por esos misteriosos destellos que esparce la frente de todo dominador. Ni en su traje siquiera se distinguía: hasta calzaba la democrática alpargata.

Y cuando les dirigía su elocuente palabra, que los enloquecía y electrizaba, aquellos hombres sanos de cuerpo y de espíritu, dispuestos á todas las acciones y á todos los sacrificios, creían ciegamente que Lerroux era el Moisés que había de conducirlos á la tierra de promisión.

Pocas veces un hombre penetró más hondamente en las entrañas de un pueblo. Por esto nunca juzgué jactanciosas aquellas afirmaciones suyas de que era árbitro de los destinos de Barcelona.

Si; pudo haber hecho allí durante algún tiempo cuanto hubiese querido.

En esto precisamente se fundamenta el cargo más tremendo que puede hacerse á Lerroux.

«¿Qué has hecho, contando con todo aquello, y qué has hecho de todo aquello?

«Hay grandes actores que no se revelan por falta de escenario. Tú lo has tenido cual no pudo soñarlo el más exigente, ¡y nada has hecho! Ni siquiera conservar incólume aquel enorme conglomerado de energías, para que otro pudiese darle mañana aplicación. La Historia te juzgará muy duramente.»

Todo esto pudiera decirse hoy.

Y preguntarle además:

«¿Por qué has perdido las elecciones? Por la saña con que te han combatido los monárquicos no será, pues antes te combatían lo mismo y las ganabas.

«Porque hayan disminuido los hombres de ideas radicales en Barcelona tampoco, pues cada día hay más.

»¿Por qué ha sido entonces?»

Y no se me alcanza qué podría contestar Lerroux á esas preguntas.

Ni á estas otras:

«¿Te siguen todavía aquellos hombres de grandes alientos, que con tanto entusiasmo y tanto desinterés se pusieron resueltamente á tu lado al llegar á Barcelona, y sin los cuales nada hubieras logrado? Si están á tu lado aún, ¿por qué pierdes las elecciones? Y si no están ¿por qué se han ido?

«Los que ahora te rodean ¿son de aquéllos? Los que impones á los votos de las masas que dominas todavía, ¿son de los que te alzaron sobre sus hombros, compartieron su pan contigo, expusieron su vida por defenderte?

La respuesta á estas preguntas pudiera darnos la clave del por qué los radicales son hoy minoría en el Ayuntamiento de Barcelona.»

30 Noviembre 1911.

¡PALABRAS!

Lo repito. Cuando hay contradicción entre lo que hace y lo que dice un hombre público, á los hechos hay que inclinarse. La palabra en este caso confirma aquello de que le ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento.

El último discurso de Maura chorreaba democracia por todas sus letras; sin embargo, el recuerdo de los hechos realizados por él al frente del gobierno en 1909, anulaba sus palabras.

Lerroux lleva doce años de jefe del radicalismo catalán; radicalismo impaciente, bravo, al que más bien hay que refrenar que expolear; radicalismo tan vigoroso, que aun no siendo el político el campo propio de su acción, se apoderó en las elecciones del municipio, barrió el caciquismo... y no sólo en la capital, sino en buena parte de Cataluña.

¿Ha dudado alguien en esos doce años de la cantidad y calidad de esa fuerza, ni de lo dispuesta que á sacrificarse por la República estaba? No. Y, sin embargo, ¿puede decir Lerroux que la ha utilizado convenientemente? No.

Y no habrá sido porque los gobiernos hayan dejado de ofrecerle á menudo ocasión propicia para utilizarla, ni porque en el resto de España le haya sido la opinión hostil, ni porque del extranjero hayan dejado de venir voces alentadoras.

Hoy Lerroux dice que se envanece de la gloriosa Semana Trágica. Díganos porqué y sabremos lo que ignoramos hasta ahora: la parte principal y activa que tomó en ella su partido, como tal partido.

Y entonces no limitaremos nuestra admiración á los radicales que, aisladamente y por cuenta propia, intervinieron en ella. La extenderemos al partido entero.

Pero mientras tanto, séanos permitido dudar de que Lerroux tenga derecho á pedir para su partido, como tal partido, una parte de la gloria revolucionaria alcanzada por el Pueblo entonces.

Y pedirle á los cuatro años de fecha, no habiendo procurado recabarla al pisar nuevamente la tierra española después su viaje á América.

Queda contestado también este punto del artículo de *El Radical*.

Una explicación

Censura *El Radical* la deplorable costumbre que tenemos los periodistas, de no copiar íntegras las declaraciones de los hombres públicos, y tiene razón. Pero es costumbre muy extendida, y que practica él mismo, al no copiar todo cuanto le ha dicho á Lerroux, sino aquello que cree más fácil rebatir ó que puede producir más efecto en sus lectores. Yo, en cambio, no dejo párrafo de su artículo sin contestación. Verdad es que él se dirige exclusivamente á los radicales, mientras yo lo hago á todos los republicanos.

Y se lamenta de esa mala costumbre, á propósito de lo que copié sobre el fusilamiento del fogonero de la *Numancia*; pero es porque no se ha fijado en lo siguiente:

Yo no tenía para qué reproducir íntegro el texto del discurso. Al ver publicado en *El Radical* la síntesis de aquel incidente en párrafo aparte y en letras grandes, entendí que aquello era lo que se quería que constase. Y aquello fué, por tanto, lo que copié y comenté.

La quinina busca incansable la manera de facilitar al hombre la mayor cantidad de alimento asimilable, en la menor cantidad de materia posible; hasta habla ya de píldoras.

Pues si yo me encontré concentrada en una píldora la parte asimilable del discurso de Lerroux, y hecha por un químico de su confianza, ¿á que envasarme todo el párrafo?

Cuando *El Radical*, repito, ponía aparte aquel párrafo, y en letra mayor que de ordinario, era indudablemente porque allí estaba completo el pensamiento de Lerroux.

Esto pensé, y por esto me abstuve de leer el párrafo entero del incidente.

Sobre la guerra

Recuerdo que el partido radical, es decir, Lerroux, que lo compendia y lo resume, no se ha pronunciado hasta hace poco contra la guerra; mas no puedo precisar hoy la fecha en que comenzó á combatirla.

Recuerdo que hace unos meses leí algo en el órgano de Lerroux referente á esto, pero como mi memoria no rige muy

bien ya, pedi el sábado al director de *El Radical* la colección del año corriente, que no me facilitan en la Biblioteca Nacional por no estar encuadrada, á fin de repasarla y cerciorarme, y hasta la hora de cerrar este número, (lunes, una de la tarde) no he recibido contestación.

Pero este es detalle poco importante. Porque vamos á suponer que no encuentro el artículo, y que no puedo hoy citar el texto. No dejarla por esto de ser cierta mi afirmación.

Se peca por omisión, lo mismo que por defecto; y Lerroux, jefe de un partido radical, ha omitido atacar dura y constantemente en el Congreso esa guerra funesta. Cuando se ocupa el puesto preeminente que él ocupó, no atacarla donde todo el mundo pueda oírlo, ¿qué significa sino defenderla?

Un jefe de partido no debe callar ante un problema tan terrible para España: desde el momento que se planteó, debió Lerroux formular su protesta más enérgica, sin titubeos ni ambigüedades.

¿Que ahora la condena? Ya lo sé. Pero ahora no pueden surtir el mismo efecto sus protestas, que si las hubiese hecho cuándo, cómo y dónde debía. Puede pedir, como pedimos los demás, que todos los soldados, sin distinción, vayan á la guerra; pero sólo esto. Pedir que la guerra termine, con la esperanza de conseguirlo, esto es soñar. Si ya es tarde para esto. Las cosas á su tiempo. Si las minorías republicanas hubieran un día y otro, y con el calor que ponen en un debate político, atacado la guerra ó esclarecido las causas de que se haya reanudado, ¿quién sabe? acaso la hubieran impedido. Por lo menos habríase formado contra ella una opinión formidable.

¿Mas hoy? Hoy no puede conseguirse más de lo que he dicho: que vayan todos. Y esto, aunque sea mucho si se consigue, no impedirá que la nación piense que los diputados republicanos no cumplieron en este punto con su deber.

Como en tantos otros.

Educación cívica

Si no dejase de publicar las cartas que recibo protestando de los suaves y razonados juicios que he emitido acerca del último discurso de Lerroux, fundado en que el periódico es semanal y en que tampoco reproduzco aquellas en que se me elogia, tendría que desistír de insertar algunas, por tres razones:

1.° Por no enterar á las gentes de lo mal que suelen andar de educación algunos correligionarios.

2.° Por no satisfacer vanidades de exhibición.

Y 3.° Por no poner á Lerroux en el sensible caso de tener que expulsar á ciertos ciudadanos de su partido, para que nadie pudiera ni sospechar que apadrinaba desahogos tan radicales.

Cuidese Lerroux, si alguno de esos entusiastas se separa de él un día, de ob-

servar atentamente el juego de sus extremidades; no haga el diablo que reciba alguna caricia contundente.

Afortunadamente son pocos los de este sistema, pues la mayoría de los que no están conformes con los juicios que acerca de la conducta de su jefe lanzo, me lo dicen con la mayor corrección.

Pero ¡ay! aquellos otros, los brutalmente entusiastas, son terribles; y al leer sus misivas, pienso involuntariamente en los felices que fueron los contemporáneos de la burra de Balaan.

¡Aquella ciudadana hablaba, pero no escribía!

Habilidad inocente

El Radical, creyendo cogerme en una contradicción, dice en su artículo esto que copio al pie de la letra:

«Nakens, republicano consecuente, revolucionario immaculado, en el número de *El Morin* de 12 de Enero de 1911, publicó un artículo «Hablando solo.—De la historia», en el que comentaba la resistencia de Salmerón, en 1873, á firmar una sentencia de muerte.

Y decía el Sr. Nakens:

«Sométicos á procesos varios soldados, fueron dos ó tres condenados á muerte. El CODIGO MILITAR ES INEXORABLE Y DEBE SERLO, PARA CASTIGAR LA INDISCIPLINA, y más cometida frente al enemigo. Al encargarse el Sr. Salmerón del Gobierno sabía que el Código militar estaba vigente y que podría verse en el caso de aplicarlo.

Pero la conciencia de filósofo del señor Salmerón, le recordó que era enemigo de la pena de muerte, y dejó el Poder. La República era ejecutada poco después.»

Y comentaba Nakens:

«¡Cuán otra sería la suerte de esta nación desventurada, si aquel día el Sr. Salmerón, desoyendo la voz de su conciencia de filósofo, CUMPLE CON EL DEBER DEL CARGO QUE OCUPABA, DEBER QUE DEBIA SER TAMBIEN PARA EL DE CONCIENCIA, Y QUE CONSISTIA SENCILLAMENTE EN APLICAR LA LEY QUE PENA CON LA MUERTE LAS FALTAS DE DISCIPLINA EN EL EJERCITO!»

¿Qué ha dicho el Sr. Lerroux en el Congreso, más de lo que dijo Nakens, immaculado republicano revolucionario, en 1911?

Nuestros correligionarios que se dirigen con protestas al Sr. Nakens, pueden tener la satisfacción de que éste piensa como ellos.

El Sr. Lerroux considérase muy honrado por haber coincidido con el veterano republicano, director de *El Morin*, al ocuparse, en su discurso, de la disciplina militar.

Lo que dije entonces, lo había dicho antes, lo dije después y lo repito ahora: *La disciplina es absolutamente necesaria á la vida del Ejército.*

Y tan convencido he estado siempre de esto, que antes de decidirme á proponer al Sr. Salmerón para el cargo que alcanzó en el republicanismo en 1903, recabé y obtuve la promesa de que, si el caso de indisciplina de 1873 se repitiese estando

establecida la República, no sería el filósofo quien decidiera, sino el jefe de Estado, cuya misión es hacer cumplir las leyes.

¡Vaya una novedad la de que yo considero indispensable la pena de muerte en el Código Militar! ¡Sin veces que lo he repetido! Hubiera hecho Lerroux esa declaración cuando se la hubiesen impuesto, y no habría sido yo quien lo censurase.

¿Pero hacerla sin venir á colación, y en los momentos en que se esperaba oír el alabonazo de Alvarez en la puerta de la Monarquía? ¿Hacerla en esta situación de angustia patriótica, en que nadie puede prever los derroteros que el patriotismo le obligará á tomar mañana? Esto fué una torpeza inexcusable, que produjo tanta indignación en los republicanos como gozo en los monárquicos.

Además, yo opino que los jefes republicanos no necesitan hacer declaraciones de esa clase. Si no hubo más que uno el año 1873 que así pensara, y se rectificó después, ¿á qué vino aquel intempestivo alarde de gubernamentalismo en Lerroux, y en un discurso en que hubo flores para Azcárate, y hasta para Maura? ¿A quién se trató de convencer? ¿A quién se intentó halagar? ¿Fué acaso que se pensó en enterar al país de que, aun cuando Melquiades se fuese á la monarquía, la República conservadora quedaría bien representada?

Esto, sin fijarme en este otro aspecto de la cuestión: el que con esa declaración estemporánea, se le ha venido en sustancia á decir á los militares: «Húndase lo que se hunda, la patria inclusive, el militar no debe nunca faltar á la disciplina.» ¡Como si pudieran compararse los indisciplinados que asesinaron á Martínez Lagostera porque los impellía á avanzar hacia el enemigo, con los Daolz y los Velarde que se indisciplinaron para salvar la patria, ni con los Lacy y Porlier que se indisciplinaron para imponer la libertad!

Que «el Sr. Lerroux considérase muy honrado por haber coincidido conmigo al ocuparse en su discurso de la disciplina militar» me dice *El Radical*. Lo comprendo y me congratulo. Y tendría una satisfacción vivísima si lo viera coincidir en algún otro detalle conmigo.

Dentro de la lógica

El artículo que *El Radical* me dedica, acaba de este modo:

«El balance»

Bajo este título, publicó Nakens en *El Motin*, un artículo, del que son los párrafos siguientes:

«Una casa de comercio emprende varios negocios; en unos pierde, en otros gana. Si al final del año, ó de los años que necesita para desarrollarlos todos, resultan pérdidas, hay que condenar la gestión y cerrar la casa; si resultan ganancias, que aplaudirla y continuar trabajando.

Pues esto pasa con los hombres, sobre todo con los políticos. Hay que juzgarlos por

el conjunto de sus actos. ¿Tienen más acciones favorables á su partido, ó á su patria, en el «Haber» que desfavorables en el «Deber»? ¿Han prestado más servicios que deservicios? Pues no debe tratarse con la dureza que al que no tenga nada favorable en el «Haber».

Podrá objetárseme que esta teoría no se ajusta á los principios de la moral, pero no negárame que es la practicada por todos.

¿Se ha aplicado alguna vez, por los republicanos, este criterio al Sr. Lerroux?

¿Cree el Sr. Nakens que su campaña es lógica consecuencia de un balance escrupuloso de la obra política de nuestro querido jefe?

Como á nosotros nos sigue mereciendo idénticas consideraciones que antes el señor Nakens, esperamos el resultado de su examen de conciencia, para el que nos hemos permitido aportar algunos datos.

Cada vez que se me recuerda algo de lo que he escrito y que había olvidado, siento satisfacción viva.

¿Cuándo y por qué dije yo eso?, me pregunté al leerlo; y dale que le darás á la memoria, vine á recordar que fué allá por Enero de 1911, y que lo dije al juzgar la conducta de Azcárate y Pablo Iglesias cuando se lavaron en el Congreso las manos en las aguas de Barcelona. Y me afirmé y ratifiqué en el escrito.

Agradezco, pues, que me lo haya recordado ahora *El Radical*.

Y después de hacer con toda detención y escrupulosidad el examen de conciencia á que me invita, contéstole á *El Radical*, que no me remuerde de no haber aplicado lógicamente ese mi criterio á ésta que él llama mi campaña, no siendo más que una escaramuza ligera. Sirvase oírme.

Desde que escribí ese *Balance* hasta la fecha, ha pasado algún tiempo; y en ese tiempo Lerroux no ha aportado más que pérdidas al Balance de su política.

La derrota en las últimas elecciones... La merma de partidarios... Su fracaso en el viaje á Andalucía... La confesión de su acomodamiento al medio ambiente... Su torpeza (seré benévolo) al ocuparse del fusilamiento de Sánchez Moya... Su silencio ante las declaraciones de Alvarez y Azcárate en el Congreso, y otras pérdidas de menor cuantía, aparte de algunas de que hablan otros periódicos, y de que yo no quiero ocuparme, son partidas en contra que exceden ya en mucho del Haber, y que, por consiguiente, lo colocan en situación poco airosa.

Y demostrado que estoy dentro de la lógica al juzgar á Lerroux después de la publicación de aquel artículo, diré á *El Radical* que le agradezco que me lo haya recordado, pues esto me prueba que no siempre pasa inadvertido lo que escribo.

El único remedio

Pasará la agitación actual del republicanismo, como pasaron tantas otras; mas todo continuará igual, si el pueblo no se yergue indignado, altivo, se reúne por provincias, nombra un representante, y los 49 celebran después una Asamblea, y proponen, discuten, acuerdan y eligen el

organismo que ha de dar la nueva ley al partido.

Si no se hace esto, se irán apagando los entusiasmos, disipándose las esperanzas, exhibiéndose los gárrulos, apartándose los modestos, gritándose aquí, amenazando allá, discursando, banquetando...

Y los periódicos continuarán disparándose insultos, y los calumniadores luciendo en los casinos, y los odios acrecentándose entre los jefes...

Y á compás de todo esto, que no es pasión, que no es vida republicana, sino indisciplina de la impotencia, muerte del ideal, irá en aumento el desprecio en que la opinión nos tiene, el desvío que hacia nosotros siente hoy la clase que más se sacrificó en España por la libertad, y...

¡Republicanos de provincias!... Congregaos los de cada una, y organizaos en la forma que los patriotas lo hicieron á principios del pasado siglo para resistir y acabar con la invasión francesa; y reuníos luego, y acordad, y ejecutad.

¿No lo hacéis? Pues no serán los jefes los únicos responsables del desquiciamiento total del republicanismo.

Recuerdos del pasado

Se me ocurrió un día, hablando con Ruiz Zorrilla en París, decir que Martínez Campos era el último general que quedaba del corte de los antiguos, aquellos que se jugaban la cabeza por la causa que defendían. Y Ruiz Zorrilla, con la pasión política que le caracterizaba, puso á Martínez Campos que no había por dónde cogerle, como militar, como político y como hombre.

Al cuarto de hora de escucharle, le interrumpí de este modo:

—Conforme en muchas cosas de las que usted ha dicho; y como no trato de defender al general que hizo la restauración, le diré que con todas. Pero, vamos á ver, D. Manuel. ¿Qué pensaría usted si entrase ahora por esa puerta Martínez Campos y le dijese: «Convencido de que la monarquía no puede salvar á España como pensé al restaurarla, vengo á ponerme á las órdenes de usted para ayudarle á traer la República?»

—¿Que qué diría? me interrumpió impetuosamente Ruiz Zorrilla. ¡Viva la República!, porque la tendríamos muy pronto.

En esos momentos en que la pícara vanidad se impone hasta á los hombres orgullosos, he pensado que cuántos jefes me zahieren hoy, no me desdénarían si cometiese la torpeza ó la zascandilada de ponerme de su parte.

Cosillas

Ni el diablo que nos entienda.

Antes de los últimos discursos pronunciados por Lerroux, Alvarez y Azcárate

Ayuntamiento de Madrid

en el Congreso, consideraban los Conjuncionistas á la Coalición como la fuerza más poderosa que se había organizado jamás en el republicanismo para acabar con la Monarquía.

Lo mismo pensaban los radicales del Radicalismo.

Se ha deshecho la Conjunción (algunos dicen modestamente que dividido) y los que han quedado en ella aseguran que ahora, limpia del lastre inútil (delicado píropo), es cuando tiene más fuerza.

El Radicalismo pierde más fuerza cada día, y Lerroux asegura jactanciosamente que él se basta y se sobra para impedir la vuelta de Maura.

Y mire usted por dónde los republicanos nos parecemos al hoyo, que cuanto más tierra se le quita más grande es.

Pero Señor de Cielos y Tierra é islas adyacentes:

¿Tendrá usted algún día la bondad de disponer que nos sea concedido algún sentido común á los republicanos?

Poco; aunque sea cien gramos por cabeza. Ya ve usted con cuán poco me contento.

Me guardaré bien de afirmar que la labor de los jefes republicanos desde 1905 acá haya sido completamente negativa.

Hay dos hechos de gran transcendencia para el porvenir de España, que se deben exclusivamente á ellos. La resurrección del carlismo, y el crecimiento del socialismo: el uno con la Solidaridad; el otro con la Conjunción.

Respecto al primero, todos saben lo que opino; por lo tanto, suprimo comentarios.

Y en cuanto al segundo, sólo diré hoy: «Si el republicanismo no se rehace y organiza pronto, parte de sus masas se irán á engrosar el socialismo, que no cesa en su propaganda».

A nadie le duele confesar esto más que á mí; pero como así es, así lo digo.

No se ponen actualmente al habla dos republicanos, que no cambien frases pa-recidas á éstas:

—¡Es una indignidad!

—¡Una vergüenza!

—¡Un asco!

Aludiendo á la conducta de los jefes.

Y, sin embargo, no hay uno que se atreva á iniciar una protesta colectiva contra esos señores.

No sé cómo llamar á esto. Lo haré cuando encuentre una palabra que venga á significar lo que las de cobardía y cuquería juntas, pero que no disuene tanto.

En el debate político del Congreso, Lerroux habló antes que Alvarez y aludió á los elementos que pensaban evolucionar hacia la Monarquía.

¿Lo sabía de cierto? Pues debió pronunciar un discurso de tonos revolucionarios, para cerrar así el paso á aquellos elementos, en vez de aquel tan gubernamental que les allanaba el camino.

¿No lo sabía? Pues después de haber

oldo á Melquiades, debió levantarse á afirmar valientemente su fe revolucionaria y su guerra implacable al régimen.

Esta era la actitud franca y diáfana que cuadraba al jefe de un partido revolucionario como el suyc; la que hubiese disipado toda duda y todo recelo; la que no hubieran seguramente aplaudido los monárquicos.

¿Por qué no la adoptó? Quizás lo sabremos el día que Melquiades actué de ministro de la Monarquía.

Aunque para mí la palabra gubernamental carece de sentido, políticamente hablando, pues todos los partidos, menos el anarquista, luchan por gobernar, me es forzoso emplearla para contender con quienes la emplean.

Pero me pasa con la palabra gubernamental, lo que con la frase nuestro partido está capacitado; que me huele á acomodamiento con el ambiente á cien leguas; ó lo que es peor: á memorial humilde á las clases conservadoras, pues equivale á decirles:

«Estamos capacitados para manteneros en el pacífico ejercicio de vuestros sagrados derechos.»

Si en vez de esto dijeran los jefes:

«Estamos capacitados para hacer la revolución», yo los aplaudiría entusiásticamente.

Pero esto jamás lo dicen.

«Que yo soy falible» me dice *El Radical*.

A lo que respondo: «Tanto como el que más». Y no exajeraría si añadiese: «Más que otros.»

Pero con esta ventaja sobre muchos: que una vez reconocido mi error, no lo sigo sosteniendo por conservar prestigio, influencia ó posición alcanzada.

Soy un falible gratis.

Para el partido, para los gobiernos, y para las Empresas privilegiadas.

El padre Mir y Pey Ordeix

A los jesuitas se les llueve la casa en medio de una gran prosperidad material.

Mucho habían perdido en crédito personal ante el mundo civilizado y ante el clero cristiano. Como dijo Michelet, no supieron y ahora mismo no saben, digo yo, disimular su jesuitismo; se les conoce muy pronto, y el público sensato, los mismos católicos honrados, desconfían.

Pero hasta hoy venían perdiendo confianza más por sí mismos que por su institución y por el fundador de ella: los ataques rudos que al principio y durante mucho tiempo se dirigían á sus doctrinas enderezáronse después á las personas y á la conducta sin mirar ya á las ideas.

Que el jesuita es falso, artero, pérfido, orgulloso, vano, avariento insaciable, intrigante y muy ducho en la captación, misteroso, embustero... sí, todo eso y más; pero ahí quedaban las cosas y unos creían

en tales acusaciones, otros no, como sucede siempre.

Contra este género de guerra cabe una defensa, que los jesuitas no dejaron de utilizar: conducirse á gusto de la gente lo bastante, para que dijeran muchos con sinceridad: «No, pues yo los trato y nada he visto en ellos que justifique esas invectivas.» El ruido de estas voces podía muy bien cubrir el clamoreo de infinitas víctimas y aun dar motivo á este argumento contra ellas. «Oz quejáis porque no han procedido en consonancia con vuestros caprichos ó pasiones.»

Ahora no; porque de lo que trata la novísima crítica es de saber por qué el jesuita es lo que es, la lógica de su temperamento, el motor de la máquina llamada Compañía de Jesús; y si dado él, los ignacianos, por necesidad de la dinámica de ese mecanismo, han de venir á parar en arteros, falsos, embaucadores y avaros.

Ellos habían tenido mucho cuidado en ocultar el engranaje de su máquina y la verdadera personalidad del autor, de Ignacio de Loyola, no sólo á la generalidad de las gentes, sino á los mismos jesuitas vulgares ó del montón, rebaño destinado á la obediencia absoluta, irrazonada y silenciosa.

Tenía el mundo idea de un San Ignacio cual nunca existió y de una Orden religiosa muy distinta de lo que es (ni Orden ni precisamente religiosa), cuyas reglas y constituciones nadie conoce ni puede conocer, ya que en los conventos mismos sus religiosos no leen más que compendios muy reducidos de ellas.

Dos hombres en España se propusieron dedicarse á este género de crítica: Pey Ordeix y el P. Miguel Mir, ambos cultísimos, buenos teólogos y filósofos, plumas bien sentadas, cabezas tozudas y pacientes de benedictino en la investigación histórica, y almas nobles lastimadas por las injusticias que la Compañía de Jesús les irrogara, principalmente á Mir, su hijo, á ella acogido en su mocedad de muy buena fe.

Cada uno hizo por su lado los estudios: Pey, en Osma, en el llamado «Archivo del diablo», papeles y libros de un santo prelado víctima de los jesuitas en Ultramar; este archivo se lo franqueó á Pey el obispo D. Pedro Lagüera. Mir estudió á la Compañía dentro de su casa, ya que en ella tan mal lo habían tratado por ser recto y sincero. Manejó los archivos ignacianos de Roma, de España, de Francia, de otras Ordenes religiosas, cuya amistad se granjeó y de algunos eruditos.

Estos dos hombres que no se conocían, providencialmente se encontraron, se unieron, compusieron un libro, «Crisis de la Compañía de Jesús» (posterior al Barrido, primer aldabonazo de Mir); obra que los jesuitas lograron ahogar apenas vió la luz.

Tuvieron que separarse tan sólo materialmente y prosiguieron su respectiva labor; Mir, de crítica desde el punto de vista católico y canónico; Pey, desde el racionalista, y ambos á la luz de la Historia, más no de la manida y resobada, sino de la otra, la durmiente en archivos y bibliotecas que nadie visita, la fecunda en sorpresas, el campo tan poco explorado en España; y no despreciaron las obras de los críticos eminentes extranjeros, casi desconocidas de los españoles.

Cada uno por su lado, ambos habían de completarse y producir una obra inmen-

samente trascendental; Pey en su trabajo fino, sutil, pertinaz, dió con hilos que ni imaginara Mir; dió con el verdadero San Ignacio enterrado por los jesuitas en concepto de peligroso, lo encontró y... lo desnudó. Mir había hecho lo mismo con la «Compañía: el uno, al autor, el otro, á la máquina. Lo triste fué que la muerte impidiera la compenetración de ambas labores en un sólo libro.

No importa, y acaso por cierto respeto convenga más. Ello ha sido que, publicada la «Historia interna de la Compañía» del padre Mir, fallecido ya éste, Pey ha comenzado la campaña á campo abierto con su libro «El P. Mir é Ignacio de Loyola», una especie de «Buscapié» de la «Historia interna» muy necesario, indispensable á juicio mío para bien comprenderla y apreciarla, comprendiendo la psiquis de su autor.

Este precioso libro, pequeño por el volumen, muy grande por el contenido, muy ingenioso, interesantísimo, claro, franco, rectilíneo y galanamente escrito, es á manera de prólogo de otro libro tremendo, cuya aparición temen los jesuitas más que los gitanos la de la curia en sus asuntos: se titulará «Resurrección histórica de San Ignacio de Loyola», y será su verdadera vida, consignada en documentos históricos hasta aquí desconocidos, aunque existen tes é irrefragables.

Tendremos, cuando aparezca, las siguientes piezas de conocimiento seguro del jesuitismo: «El Barrido», que será reeditado, y es una iniciación del público en las interioridades ignicianas; presenta á la Compañía sorprendida como un hormiguero en plena vida. «El atentado personal y los jesuitas», por «Fray Gerundio», amigo y colega de Pey, que en este libro curioso dice la última palabra acerca de cuestión tan importante como es la doctrina y uso del asesinato por los jesuitas. La «Historia interna», de Mir, que de muestra ser la Compañía de Jesús una institución malvada, anticristiana, rebelde, explotadora é impostora, perfectamente ilegal y anticatólica dentro del catolicismo, que no debiera consentirla, y ahí están su historia, sus obras y sus documentos y Constituciones, al cabo descubiertas, para demostrarlo.

Después, el libro que me ocupa de Pey Ordeix, y por último, el ya anunciado: «Resurrección de San Ignacio», que será una maza, el golpe de gracia, porque demostrará que el fundador de la Compañía lo fué todo menos santo; ni aun se llamó como se firmaba.

Todavía otros dos libros, uno de «Fray Gerundio», otro de Pey, sobre el confesionario, su ilusorio secreto, y lo propicio que es á la corrupción y la lascivia, completarán esta breve biblioteca reveladora de lo que hasta hoy no se conocía.

No va á morir por eso el jesuitismo en dos semanas; las ballenas nadan mucho tiempo con el harpón clavado.

Para esta guerra de revelaciones irrefutables, la Compañía no estaba preparada; su única arma era la ocultación, y esa ya está rota. En adelante, los enemigos del jesuita, los católicos, por supuesto, escolapios, dominicos, agustinos, franciscanos, carmelitas, clero secular, modernistas, independientes, etc., dispondrán de un arsenal formidable contra la Compañía; y no es esto lo peor, sino que ella no podrá ya gritar como ahora, ni defenderse al menos;

habrá de rendirse al silencio y á engañar gentes sencillas, cada día menos numerosas, hasta que llegue la hora tremenda: el mundo sabio, el sensato, el sincero, el honrado y culto, el que vale y da el tono, ese lo habrá perdido antes, y á ese, no al vulgo impotente, van dirigidos y en él harán obra eficaz, inevitable, el libro de Pey que aquí reseño y recomiendo mucho, y los otros de él, de Mir y de «Fray Gerundio», que forman el gran conjunto, la pina reveladora, el bloque aplastante que empieza á caer sobre los jesuitas.

UN CLÉRIGO DE ESTA CORTE

Adulación repugnante

La adulación es el defecto más repugnante y más pernicioso; sin aduladores no habría tiranos.

Heraldo de Madrid, en su número del día 17, publicó un artículo con fotograbado, y con la firma de un guatemalteco cuyo nombre no hace al caso. En él había el siguiente párrafo:

«Firme es el propósito del eximio gobernante Dr. Estrada Cabrera de velar sin descanso por la buena marcha de la Hacienda pública y por el crédito del país en el Extranjero, y el actual arreglo ha merecido el aplauso unánime de toda la nación, dedicándose los guatemaltecos con mayor afán y entusiasmo al trabajo, que es prenda de paz y es fuerza para progresar, para proseguir la gran labor cultural que realiza el jefe del Estado.»

Sin perjuicio de hacer cuantas rectificaciones se me pidan, si hay dos centroamericanos, dos nada más, que no estando ligados por el interés personal con los gobiernos actuales de su país, afirman que Estrada Cabrera no es un tirano odioso, como yo afirmo, me considero en el deber de protestar de esas «calumnias» dedicadas al eximio gobernante que ha convertido los vergeles guatemaltecos en tumba de la libertad hispano-americana.

Nadie ignora en todo el continente americano—nadie más que el firmante de ese escrito del *Heraldo*—que Manuel Cabrera es un tirano; lo saben los «yankees», que explotan Centro-América; lo sabe México, por lo del general Barillas; lo sabe Sur América por el clamor sordo y constante de los centro-americanos; y lo saben éstos por las heridas que reciben, ahondadas día á día por el déspota.

No hay motivo para agravar al *Heraldo* suponiéndole cómplice de esa adulación asquerosa; él ignora indudablemente quién es y lo que hace en Guatemala Manuel Cabrera; de saberlo no hubiera empañado sus columnas con el retrato de ese gobernante.

No sé cómo se juzgará en España la intromisión mía en este asunto, pero si que en América será aplaudida; porque allí saben que adulando á gobernantes tan repudiados y repugnantes como Cabrera, se dificulta la Unión hispano-americana que debemos apoyar los buenos españoles.

MANUEL VINUESA

Caso frecuente

Lo siguiente es del periódico *El Magisterio Leonés*:

«Hace diez ó doce años estuvo aquí, en León, al frente de la Escuela de párvulos, como maestra en propiedad de ella, una señora llamada doña Maximina González de Socueva y Bros, natural de Barcelona.

Esta señora, cansada de las luchas del mundo, se marchó hace nueve años de León, é ingresó en el convento de las Salesas de Madrid como novicia, y «poco tiempo después profesó».

Esto era público en León.

Lo sabían hasta los perros

Lo que no se sabía, es que en la documentación oficial necesaria para cobrar apareciera esta señora cobrando como maestra de párvulos de esta capital.

¿Quién cobraba estos haberes?

Eso nosotros no lo sabemos. Lo que sabemos es que una monja que está en Madrid desde el año 1904 aparece cobrando como maestra pública de León.

¿Cómo ha podido ser eso? ¿Quién ha cobrado ese dinero? ¿Cómo se ha pagado?

D. Luis Alvarez Santullano, el habilitado de los maestros de León, Sr. Fanjul, y el inspector de primera enseñanza se encargarán de explicarlo, si hay quien se lo pregunte oficialmente; porque si no es así, ya tendrán buen cuidado de callar y escurrir el bulto.»

«Señor ministro: En el convento de las Salesas de Madrid profesó hace muchos años, y allí continúa, una monja «llamada en el mundo» doña Maximina González de Socueva y Bros, nacida en Barcelona el 20 de Enero de 1855.

¿Por qué se vienen pagando haberes á esta señora como maestra en propiedad de la Escuela de párvulos de León?»

¿Pero qué curioso es el colega!

¿Y para qué quiere saberlo? ¿Para convencerse de que aquí se roba en todas partes?

Pues afirmelo desde luego, y punto concluido.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

El atentado personal y los jesuitas

Por Fray Gerundio

Precio: DOS PESETAS

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Naksen

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

EL MOTÍN



Vera efigie de la Buena Prensa.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior.....	3885'38
Tomás de Armas Quintero,	
Emilio Calzadilla, Fernando	
Arosena, con 5'00 pesetas. Ra-	
fael Calzadilla, José Martínez	
del Pino, Bernardo Barrera,	
Rubens Marichal, con 2'00.	
Juan La Serna, Angel Toledo	
Ruiz, José Medina, Hector de	
Armas, Evaristo Ramos, Ale-	
jandro Padrón, Antonio Llomb-	
et, Heliodoro Rodríguez,	
Faustino F. Trujillo, J. Martín,	
Pascual Ruiz, Manuel G. Gon-	
zález, Miguel Rodríguez Bae-	
za, Miguel R. Sacramento, An-	
tonio E. Mújica, Alfredo Bar-	
go, Domingo Avala, Santiago	
García Cruz, Alfonso Delgado,	
Teodoro Bolaños. Jerónimo	
Cabrera, Antonio Delgado Lo-	
renzo, con 1'00. Jacinto Ter-	
rry, o'90.—Rogelio García Ta-	
lavera o'60.—Ernesto Molina,	
José La Serna, José G. Quesa-	
da, Julio Molina, Andrés Ba-	
rreda, Antonio García, José	
Barrera, Juan Alfonso, J. del	
Pino, con o'50 Francisco Del-	
gado Martín, Pedro Massieu,	
con o'40. Antonio Pérez, Ma-	
riano Luque, José Villavicen-	
cio Calvo, Pedro Díaz Plata,	
José Sánchez, Arhes Morral,	
Francisco Palacios, Juan Orte-	
ga Molina, con o'25. José Bet-	
tencourt, o'20. Federico Gon-	
zález Aguiar, Adela González,	
Isabel González, Secundino	
González, Manuel González,	
Francisco González, José Gon-	
zález, Carmen González. Ade-	
la González, María González,	
Robertina González, Manuel	
Perera Felipe, con o'10. (To-	
dos de Santa Cruz de Teneri-	
fe).....	55'20
Francisco Saez (Habana).....	4'35
R. Rodríguez García, o'25.—	
Francisco Gómez Fortes, 1'00.	
Antonio Díaz Giménez, 1'00.	
Luis Bautista Vázquez, 1'00.	
Francisco Gaspar Baena, 2'00.	
Antonio Moreno y Moreno,	
1'00.—Manuel Fernández Ro-	
selló, 1'00.—Rafael Bertedoz	
Bermúdez, o'25.—Miguel Ri-	
vera Lara, 1'00.—Un republi-	
cano, 1'00.—Un republicano,	
1'00.—Antonio Torres Came-	
ro, 1'00.—Francisco Vallejo	
Sánchez, o'50.—Un republica-	
no, 1'00.—Sebastián Gómez	
Palomo, o'50.—Antonio Ver-	
tedor Ramos, o'50. (Todos de	
Málaga).....	14'00
Suma y sigue.....	3958'93

Suma anterior.....	3.958'93
Teodoro Pascual, o'50.—Jai-	
me Serra, o'50.—José Mallor-	
qués, o'50. (Los tres de Aygua-	
freda).....	1'50
Doctor Oldamont (Madrid) ..	5'00
I. G. (Teruel de Tosas).....	3'75
U. M. (Valparaíso).....	4'00
Hipólito Vila (Castellón)....	2'00
Ezequiel Aranda (Fuenmayor)	2'00
Un republicano de Abelda....	2'00
Un republicano á secas (Cór-	
doba).....	6'75
Benito Bermejo (Sahagún)...	0'75
Suma y sigue.....	3986'68

ARTÍCULOS FIAMBRES

A mis lectores

Ese señor me ha llamado jaobino, revolucionario, plagiario, ladrón, envenenador, falsificador, apestado, rabioso, impostor, oalmniador, libelista, hombre horrible, gestero, sucio y andrajoso. Creo que no se me olvida nada. Pues bien, á mi me parece que quiere dar á entender con todos esos insultos, que no es de la misma opinión que yo. Y quizá esté él equivocado.

(Pablo Louis Courier).

En el año que ha transcurrido he saboreado las injurias más groseras.

Si en otro tiempo me hubieran dicho que iban á atribuirseme la milésima parte de las malas pasiones que me han colgado, quizás no tendría ahora el honor de dirigirme á vosotros: me hubiera matado la pena.

Pero el tiempo, gran maestro, me ha enseñado á despreciar los juicios de los bobalicones, de los calculadores y de los miserables, y aquí me tenéis, orgulloso como nunca de ser como soy y envanecido de todos mis actos.

Es incalculable el número de imbecilidades y canalladas que se trata de disculpar y justificar por la pasión política.

¿Qué he dicho yo para que todos los infames (prescindiendo de los tontos, cuyo número es infinito, y de los que juzgan consecuencia el no ver sino por los ojos de su jefe, porque éstos, más que indignación, causan lástima), para que todos los infames, repito, se hayan creído con derecho á atribuirme móviles que deben ser moneda usual y corriente entre ellos, pero que no dererminan jamás los actos de los hombres como yo? Esa ¡juría inmundada que contra mí aulla ¿sabe si yo me he comprometido á sublevarme y no lo he hecho? ¿Si me he comido ni un céntimo de lo destinado á conspirar? Pues si nada de esto saben, porque no pueden saberlo ¿cómo se han atrevido á hablar tan torpemente?

¡Vaya unas razones para desatarse! Que si he dicho que Zorrilla no puede hacer hoy la revolución, y cuando ha podido no ha sabido ó no ha querido hacerla; que si Salmerón ha puesto siempre

de espaldas sus palabras con sus obras; que si Pi ha deshecho el partido federal y no ha cumplido con el deber que le imponía su jefatura; que es, en suma, lo que he venido á decir, amén de que no quieren unirse ahora para remediar el mal que antes causaron. Y por decir esto, que es á en la conciencia de todos y que nadie niega, ¿se acumulan injurias sobre mí?

Gentecilla que nadie sabe de qué vive, y por lo tanto, vive de mala manera en cuanto se relaciona con la dignidad; conspiradores de café y aceras con quienes nadie contó nunca por no verse traicionado; polizontes disfrazados de republicanos que acechan una palabra equívoca, ó la inventan sino la oyen, para justificar la limosna deshonrosa que de las autoridades reciben; mamarrachos que sin mérito ninguno buscan en la adulación á los jefes un camino para llegar mañana; éstos son los que, por cubrir con un puritanismo presidible sus deficiencias morales, se permiten atribuir á mi campaña contra los jefes otros móviles que los verdaderos.

Pero ¡qué inocente soy! ¿Pues no me ocupo de esa morralla como si se tratase de algo decente, dándole así pretexto para que, á semejanza de las lagartijas que el naturalista analizaba anatómicamente, crean que valen mucho?

Perdón, lectores. Todos los grandes hombres dormitamos á ratos.

1892

Desahogos pueriles

¿Qué cartas estoy recibiendo estos días ¡Y lo que me hacen sonreír!

En una me dicen que todo cuanto escribo va encaminado á ayudar á la monarquía.

En otra, que lo hago por envidia, por no haber logrado ser más que un mal perodiste.

En otra, que tengo de los republicanos una opinión depresiva, y que el pueblo me hará pagar caro algún día los insultos que le dirijo.

En otra, se me pregunta con cierta sorna y en estilo que acusa un hombre aveyado á manejar bien la pluma, que cuáles son mis servicios á la causa republicana, y qué he hecho en ningún terreno.

En otra...

¿Pero á qué proseguir, si todas, en síntesis, vienen á demostrar que en el partido republicano hay mucho desdichado y mucho idólatra todavía?

Como todas las cartas son anónimas, pues la que no viene sin firma viene autorizada por nombre desconocido, sin señas de domicilio ni otra indicación que facilite la captura del delincuente, claro es que no debiera ocuparme de ellas; mas como me dan pretexto para contestar por tabla á los que hayan pensado lo mismo sin atreverse á escribirme, aprovecharé la ocasión.

LA CLAVE DE MI CONDUCTA

¿Que si me he propuesto ayudar á la monarquía?—Si, El hombre que tiene, como yo, el valor de sus convicciones, no debe ocultar la verdad, aunque le perjudique. Soy republicano, pero antes soy hombre;

y, como hombre, yo no puedo ver sin horror la guerra despiadadamente cruel que los jefes vienen haciendo sin tregua ni descanso á la restauración, un día subiendo una ciudad, otro comprometiendo un cuerpo de ejército, otro levantando partidas en diferentes puntos... En sus cátedras, formando discípulos que al regresar á sus hogares, imitan las hazañas de sus maestros; en el Congreso, acorralando y destrozando las huestes monárquicas, sin que pase acto reaccionario sin protesta, proyecto de ley sin obstrucción, i igualdad sin censura... Ora levantándose terribles á impedir la guerra de Cuba; ora excitando á las madres de hijos sin 6.000 reales á que no los dejen partir. Cuando, después del desastre, exigiendo tremendas responsabilidades para sus autores; cuándo, llegando hasta la sesión permanente para impedir la aprobación de presupuestos ruinosos. Ya pidiendo la expulsión de las órdenes religiosas; ya la de los jesuitas; y, como resultado de todo esto, el pueblo aguardándoles á las puertas del Congreso para vitorearlos y glorificarlos, la Guardia civil todas las tardes en las calles, las tropas encerradas en los cuarteles, el gobernador sin descansar, el ministro de la Guerra sin dormir... ¡Es horrible, es horrible!

¿Y en provincias? En ésta un mitin, donde la voz arrebatadora de esos hombres levanta al público de tal modo, que se lanza á la calle dando vivas y muera y gritando; «¡já las armas!» En aquélla una manifestación con cualquier pretexto, que disuelve á sablazos la fuerza pública, y en la que el pueblo admira por su indomable entereza. En la de más allá, reuniones secretas que vuelven loco al gobierno, quien nunca se entera sino cuando ya se han verificado, y que mantienen viva la agitación. A lo mejor, noticias vagas de que, con el importe de un empréstito abierto en el extranjero con sus firmas, esos hombres han comprado cien mil fusiles con sus correspondientes municiones. Uno de los jefes, que sale para las repúblicas americanas en demanda de auxilio; otro, que conferencia en París con los políticos que se preocupan de las alianzas internacionales... ¡Es horrible, es horrible!

Y por si todo esto fuese poco, artículos incendiarios en el gran periódico órgano del partido, que llevan á los rincones más apartados corrientes de fe y de entusiasmo; y folletos en que se ponen al descubierto las inmundicias del régimen monárquico, exaltando los ánimos y preparando para la revolución... ¡Es horrible, es horrible!

Y siendo todo esto verdad, ¿por qué extrañarse de que yo, no precisamente por ayudar á la monarquía, sino por deberes de humanidad, haya procurado refrenar un poquito los vuelos de esos revolucionarios incansables, que no han dejado respirar ni un momento á los pobrecitos monárquicos desde el día siguiente al golpe de Sagunto?

Buena es la oposición constante; deber de todos el combatir rudamente al enemigo. Pero, no tanto ya; no tanto; por los clavos de Cristo, Señor Nuestro!

Y si esto merece censuras, si esto es un crimen de lesa republicanismo, ¡caiga sobre mí la maldición de la historia! más seguiré creyendo mientras viva, que se puede combatir á los monárquicos sin llegar á los inconcebibles extremos á que han llegado nuestros feroces é implacables jefes.

Por esto se impone la necesidad de que vengán á la dirección del partido otros más

templados, menos batalladores, no tan esclavos del cumplimiento estricto de su deber.

LO QUE YO ENVIDIO

El que me llama envidioso, ese me conoce bien. Lo soy, sí; pero en grado tan alto, que excluye hasta la presunción de que pudiera sentir envidia de aquel Ríos Rosas, lanzando apóstrofes valientes en la Cámara con motivo de la dragonada del 10 de Abril; ni de aquel Rivero, combatiendo á los que se oponían á que la revolución de Septiembre tomase rumbos exclusivamente democráticos; ni de aquel Castelar, por el hecho concreto de jugarse la popularidad mayor de España para impedir el triunfo del carlismo; ni de cuantos han atravesado y atraviesan el desierto de la reacción sin desmayar en sus convicciones, trabajando, sufriendo; los unos sin esperanza ya; los otros con las mismas ilusiones que el 73, luchando á brazo partido con la necesidad del día, abofeteando la tentación, despreciando al éxito, y orgullosos de no tender la mano hacia la copa que les alarga la inconsecuencia, estando muertos de sed.

A ninguno de esos admiro ni envidio, si no á los actuales jefes republicanos por las pruebas constantes de valor y civismo que nos dan.

COMPARACIONES

¿Que mi opinión sobre algunos republicanos es depresiva? Lo es. Y no precisamente por lo que han hecho; por lo que han dejado de hacer. No obstante, me guardaría de decir de ellos nada parecido á esto que el señor Pi les dijo en su folleto *La República* de 1873:

«Por cada hombre leal, ha encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que nos buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos.»

Tampoco pondría al señor Salmerón como él lo puso, ó consintió que lo pusieran en *El Reformista*, periódico federal de Madrid en aquél célebre artículo titulado *El hombre hueco*. Verdad es que Salmerón lo había puesto á él, ó consentido que lo pusieran como no digan dueños en el periódico *La República*, en un artículo, célebre también, titulado *El primer franco*. Que en tales cosas se entretengan el 73, mientras España se deshacía y la República se evaporaba, los hombres que estaban á su frente; los mismos que hoy se escandalizan de que alguien los discuta.

MERITOS Y SERVICIOS

¿Que cuales son los míos? Revolucionariamente hablando (si por tal se entiende el andar á tiros) mi hoja de servicios está en blanco; y aún cuando me sonroje al confesarlo, añadiré que hasta hace pocos años no perdí mi virginidad conspiradora.

(Y al llegar aquí, permítaseme que abra un paréntesis para balbucear ruborizado, que desde el punto y hora en que me la birlaron, muchos terribles revolucionarios inéditos se creyeron con derecho á hacer moralmente conmigo lo que se hace materialmente con las señoras que han perdido aquel dulce obstáculo que no logró ver en su vida el buen Quesvedo, por más que lo deseara, así como tampoco echarle la vista encima á los diablos.)

Ahora, si por revolucionario se toma al que combate sin tregua la injusticia y tra-

baja para que los de abajo se den cuenta perfecta de su situación, los anima para que salgan de ella, ó los fustiga porque no lo hacen, entonces, sí, algo he hecho; lo bastante para rogar al caballero que haya hecho más que yo desde la restauración, que se presente á recibir mis homenajes.

Mas por esto, porque no he hecho todo lo que estaba obligado á hacer, jamás he pretendido cargo, puesto, ni preeminencia entre mis correligionarios. No quiero estafar un prestigio que no merezco, como tantos lo han hecho, y lo hacen, y lo harán.

Y he concluido por hoy de echar margaritas á puercos.

1900.

Sigamos charlando

Los idólatras se van poniendo insoporables de puro pesados: no saben salir de la misma cantilena: «que si soy esto, que si soy lo otro...» «que si sirvo á la monarquía...» «que si me he vendido á ella.»

Toda la gentuza que habla de venta debe haber calculado muchas veces la cantidad por la que se prostituiría.

Caballeros que no me conocen, que si saben algo de mí es que sostuve contra los conservadores una campaña que aún se recuerda por lo ruda y valiente, y que siempre defendí la República, se creen autorizados á tirarme chinitas.

Siempre creí que da mucha fuerza y presta gran valor el no subordinar las acciones al interés personal, y que hay que ser honrado, no sólo por deber, sino por cálculo; pero no lo había comprobado hasta ahora.

Si los idólatras me vieran quitar sonriendo las fajas de sus periódicos, padecería mucho su amor propio. Creen al escribir sus artículos que van á sacarme de quicio, y sólo consiguen divertirme. Cada vez que columbro el título de *El Motín* ó mi nombre, ya sé, punto más, punto menos, lo que voy á leer. A veces no puedo contener una carcajada: los necios resultan graciosos á lo mejor.

En ocasiones me hago esta pregunta:

Si la monarquía comprara republicanos, ¿pertecería la mayoría de mis detractores al partido? ¡Quíá! Como las monjas aquellas que con el ansia que es de suponer, preguntaban en un día de revolución «¿cuándo tocan á violar?», ellos exclamarían en cuanto olieren que se compraban conciencias: «¿cuándo nos tocará el turno?» Y por cierto que con bien poco dinero podría hacerse la monarquía con un buen baño de ellos. Verdad es que para nada le servirían. Comprarme á mí, ya sería otra cosa, aunque le costaría muy barato, pues sólo pediría que se me entregase la relación de los que, pasando por republicanos, han sido ó son polizones de la monarquía.

¿Es que me extraña lo que hacen esos tales? No. Sería yo tonto del todo, si ignoran que siempre tuvo estas quiebras el oficio de redentor. Lo que sí creo es que nunca fueron tan grandes como ahora. Antes se contentaban con crucificarlos, ó quemarlos, ó ahorcarlos: hoy la crueldad es mayor: se procura deshonrarlos. Mas con suela el saber que el oficio de calumniador resulta estéril, cuando se tropieza con hombres que saben imitar á Júpiter en lo de sacudir su vestidura para que caiga al suelo el producto de la única industria que cultivan los escarabajos.

Toman pretexto de que yo ataco á los jefes para ladrar contra mí, convencidos

de que tengo razón, y sin fijarse en que no soy yo quien los acusa, si no su historia que se les echa encima; son diecisiete años de vacilaciones, de quietismo, de guerra entre ellos, ó de tentativas mal dirigidas; un partido poderoso desquiciado por su causa; muchos hombres apartados de su camino, muchas inteligencias oscurecidas, muchas energías sofocadas; las masas que han abandonado en gran número el republicanismo; millares de jefes y oficiales en los cuadros y en la escala de reserva, sin ascensos y con la paga mermada por tener ideas republicanas; la clase de tropa privada de seguir la carrera militar; unos cuantos valientes fusilados; algún muerto en la emigración; muchos enfermos á causa del presidio; viudas, huérfanos...

Mas para los idólatras no está el mal en que esto ocurra, sino en que se diga. Comprendo la leyenda del Cid puesto á caballo en su silla después de muerto para ganar batallas á los moros; no que nosotros nos empeñemos en hacer ver que están vivos para la revolución cadáveres de hombres que nunca fueron Cides.

Pero, en suma; ¿he dicho algo que no repitamos á cada instante? ¿es un secreto el que cada fracción republicana es impotente para traer la República y mucho menos para consolidarla? ¿que los jefes no se pueden ver? ¿que no quieren la revolución? Entonces ¿á qué gritar tanto?

¿Que ayudo á la monarquía combatiéndolos? Recurso pueril. Hágase lo que he propuesto, y se verá si estamos otros die siete años en la oposición.

¿Que me voy quedando solo? No es cierto; más si lo fuere, peor para todos. Esto probaría que nosotros, que nos decimos partidarios de la verdad, la aborrecemos; que tenemos hábitos de servilismo que contradicen la democracia de que blasonamos; que merecemos los jefes que en desgracia nos han caído.

Además, ¿de qué se quejan? Sin mí, sin mi campaña, nadie hablaría hoy del partido republicano; tan á menos lo han traído sus directores y tan en poco lo van teniendo los monárquicos.

Lo malo es que aquí todos hablan contra los jefes, pero muy pocos tienen el valor de combatirlos cara á cara; prefieren el chisme mujeril á la entereza masculina. En privado todos estamos conformes: en público muchos se ponen una careta, y tras ella disparatan en nombre de la consecuencia y la pureza de la doctrina.

Pero lo más triste y lamentable no es que se calumnias á éste ó aquél republicano; después de todo, esto únicamente afectaría al que fuese blanco de la calumnia. Lo que desespera es que no nos haya quedado energía más que para estas miserias; que respiremos en una atmósfera artificial; que aceptemos como verdades las mentiras, sabiendo que lo son; que cerremos los ojos para no ver; que nos tapemos los oídos para no oír; que no nos apasionemos sino por lo personal, y, en fin, que discutamos en vez de obrar.

A los restauradores, cuando estaban en la oposición, los unía una idea común, como todavía los une: la monarquía. Si se hubieran entretenido en discutir si había de ser de ésta ó aquella forma, no habrían triunfado en Sagunto. Entre nosotros hay, en cambio, quien quiere que se diga de antemano si las horas van á continuar teniendo cuando vengamos sesenta minutos como hasta aquí, y quien sostiene que esto no debe ser, porque acusa un respeto exagerado á la tradición.

No concordamos en nada en público, y, no obstante, en la intimidad estamos casi de acuerdo en todo.

Somos, además, esclavos de una porción de *mentiras convencionales*.

Hemos acordado que Fulano de Tal es de los buenos, y, sin embargo, sabemos que ese Fulano nunca hizo nada que me reciera la pena de narrarse. «¡Oh! ¡Mengano! Es de los antiguos.» Y repasamos la historia de Mengano, y resulta que en toda su vida hizo otra cosa que pasear el fusil por las calles, y que cuando se le presentó ocasión de dispararlo el 3 de Enero, ni el diablo sabe dónde se metió ni lo que hizo.

Vociferamos que somos los más y apenas si reunimos doce diputados en unas elecciones generales: lo que prueba que, ó no somos tantos como decimos, ó no vamos á votar, ó nos dejamos engañar y atropellar por los monárquicos. Que elija cada cual uno de esos tres términos, ú otro que omito.

Estamos dispuestos á hacer los mayores sacrificios por la revolución, decimos, y ninguno demos dos reales ni exponemos al apreciable bulto para ayudar á su triunfo. Eso sí, en los comités, casinos, cafés y *meetings* cada uno de nosotros puede derribar veinte monarquías.

¿Y hemos de seguir así? ¿Y no ha de haber quien ponga la verdad en su punto, y quien truene contra esas *mentiras convencionales*? ¿Y vamos á continuar toda la vida hechos unos necios y unos mandrias, sumisos á la voluntad de tres hombres, disculpando nuestra inercia con la suya y lanzando bravatas cómicas?

Lo que parece mentira es que, sabiendo cada cual lo que pasa dentro de su partido, nos atrevamos á hablar de levantados propósitos, de fuerzas incontrastables, de hombres eminentes, fraseología con que ocultamos nuestra debilidad y nuestras deficiencias, nacidas del desmembramiento en que nos tienen las pasiones de esos hombres. Fíjese cada republicano en lo que pasa en su localidad con los caballeros que todo lo magonean; piense que lo mismo ocurre en todas partes, y diga desapasionadamente si no es indispensable hacer la revolución en nuestro campo antes de intentar la nacional.

La llaga es honda, pero no incurable; por creerlo así trabajo en su extirpación. Hay en el partido mucho elemento sano, retraído en parte y en parte eclipsado por la turba vonciniñera; hombres de historia limpia á quienes su carácter severo perjudica; otros que están preteridos por que en esta ó aquella ocasión tuvieron un arranque de independencia, y que como no chillan, ni quieren acercarse á tomar puesto en primera fila, nadie los ve ni los toma en cuenta; y hay también una gran masa que no piensa en destinos ni en medios, y que sólo aspira á ver implantada la República.

Con estos elementos y los hombres de buena voluntad que no están afiliados á ninguna fracción, pero que se unirían á los que intentaran hacer algo práctico, se podría formar un núcleo más poderoso, más independiente y más decidido que todos los actuales, si los jefes persistieran en permanecer separados, impidiéndonos así unirnos.

Si no se forma, y pronto, ese núcleo frente al carlismo, que se organiza á toda prisa en previsión de acontecimientos que podrán tardar más ó menos, pero que vendrán, seremos los primeros responsables

en las desdichas que sobre la patria y la libertad vengan; y no podremos siquiera echar la culpa á los jefes, porque la tendremos todos; nosotros en mayor grado que ellos, porque vimos el peligro y nos entretuvimos en discutir cuando debimos obrar; en suplicar cuando era necesario imponerse.

Que las provincias se organicen: un hombre enérgico en cada una basta para llevarlo á cabo. Y una vez organizadas, que convoque á los representantes de todas la primera que lo haya conseguido, y á convenir en lo que debe hacerse. Como no discutirlas personalidades ni doctrinas, pronto nos entenderíamos. Y una vez reunidos y conformes, procederíamos á nombrar un directorio, confiándole los poderes necesarios para que pudiera resolver libremente en todo aquello que respondiera al objeto de la organización.

¿No conseguimos unir á los jefes ni tenemos poder bastante para organizarnos frente á ellos? Pues á llorar como mujer zuclas lo que no supimos imponer como hombres.

1892.

Modelo de consecuencia

Atajo de serviles sin decoro y sin dignidad, que injuriáis y calumniáis á quien se avergonzará si alguien lo comparase con vosotros; trahilla de *beuldogs* amaestrados en echaros sobre la presa que vuestros amos os señalan; detractores de actos que no podéis comprender siquiera porque son dignos y honrados y carecéis de sentido moral; turba de vocingleros y charlatanes, que ni habéis hecho nada contra la monarquía ni lo haréis, porque no servís ni para eso...

Si queréis aprender consecuencia (por más que para nada os serviría), leed (si es que sabéis) el artículo que va á continuación, y veréis que EL MOTIN siempre ha pensado lo mismo que ahora, siempre ha hecho igual campaña, y no ha variado en nada sino en su opinión acerca del Sr. Ruiz Zorrilla. Creyó durante muchos años que podía y quería hacer la revolución, y le ayudó y le defendió contra propios y extraños, como no ha sido nunca defendido, como no lo será ya. El día que me convencí de lo contrario, me puse enfrente de él, mas con valor y con nobleza.

Pero leed ese artículo, que os haría sonrojar, si en las almas ruines pudiera albergarse el sonrojo.

"La coalición"

Realicémosla los de abajo, si los de arriba se oponen á ella, y á luchar con decisión y brío.

Indisciplinémonos contra los jefes que la combatan ó no la acepten, y adelante con los faroles; digo, sin los faroles; sin los hombres esos.

Los intereses del partido están sobre los de las fracciones y las personas, y ya es tiempo de que se lo hagamos comprender así á tanto eminente como nos ha salido para desgracia nuestra.

Les dimos una República... ¿quién murmura por ahí?, se la dimos, sí, señor.

El político más importante para nada sirve si no tiene un partido detrás.

Se la dimos, y en once meses la gastaron, la desacreditaron y la perdieron, lo cual demuestra las muchas dotes negativas que poseen para llevar la batuta.

Desde entonces acá no han hecho otra cosa que injuriarse y escarnecerse, teniendo todos razón, eso sí; y llevarnos de acá para allá como ovejas en feria; y nosotros, disciplinados y buenos chicos, les hemos servido de comparsas.

Y de comparsas en la obra más vergonzosa que se ha representado desde hace mucho tiempo en política: en la de destrozarnos unos a otros.

¿Quién ha ganado lo que nosotros hemos perdido? La monarquía, a quien tenemos todos el deber de combatir sin tregua ni descanso.

Pues basta ya de disciplina, de prudencia y de miramientos. Coliguémonos los de abajo, con los de arriba que lo deseen, y prescindamos de los que quieren quedarse donde están y como están.

No sirvamos más de muralla a sus odios, a sus rencillas y a sus torpezas: un partido como el nuestro, fuerte, numeroso, viril y de esperanzas, no debe, no puede servir de juguete a dos ó tres individualidades.

Demasiado sabemos que la coalición no va a borrar de un soplo los linderos que esos hombres han tirado en nuestro campo, y que el día del triunfo surgirán diferencias y complicaciones.

Pero aparte de que el patriotismo y el instinto de conservación podrán aminorar entonces esos males, ¿no es preferible, cien veces preferible discutir con el amigo que apoyar al contrario? ¿Sacrificarse por la República, que dar fuerza y vigor a la monarquía?

Coliguémonos, pues, con jefes ó sin jefes, y adelante.»

Pues bien; ese artículo donde se tocan todos los puntos que se debaten hoy; donde se predica la santa indisciplina; donde está la frase *con los jefes ó sin los jefes*, lo publiqué en el número correspondiente al 3 de Diciembre de 1882, y prueba de una manera clara y concluyente que yo he pensado siempre lo mismo.

Los serviles de entonces (que también los había, y quizás sean los mismos de hoy), decían, como ahora, que los jefes eran impecables, que nos llevarían pronto a la República, y que yo haría mejor en atacar a los monárquicos.

Y cuando las circunstancias lo exigieron, yo combatí a los monárquicos como todos recuerdan, como nadie los ha combatido desde la prensa, mientras los jefes y todos sus jaleadores se distinguieron por su templanza y su mesura entonces. Pasó aquello y volví a mi tema, a mi eterna manía, a la unión de los republicanos, único medio de llegar a lo que deseamos. Y así sigo y así seguiré, caiga quien caiga.

1892.



Conflicto conjurado

Reside en Villafranca del Bierzo una familia que tiene una hija, lo cual no es raro, ni tampoco el que se dispusiera a ingresar en un convento de monjas, cosa usual y corriente hoy.

Lo que sí ya tiene algo de extraño, es que de la noche a la mañana, esa hija, que había manifestado vivos deseos de ser monja, haya resultado que no tiene derecho a vestir traje de *señorita*, y que haya aparecido vestida de *señorito*, dejando estupefactos a sus convecinos.

Ignoro cómo se ha puesto en claro el sexo a que esa *señorita*, digo, ese *señorito* pertenece; pero se me figura que se ha descubierto a tiempo.

Pues no quiero ni pensar en lo que podía haber ocurrido, si el ciudadano disfrazado de ciudadana se ve encerrado en el casto asilo de esposas del Señor. ¡Es tan flaca la carne y el demonio tan malol...!

Capaz hubiera sido este maldito de hacer creer a las monjitas que la hermanita se transformaba en hermano para cada una, por arte milagroso, y...

En fin, más vale que se haya descubierto a tiempo; así se ha evitado a la Iglesia una nueva tribulación sobre las muchas que continuamente caen sobre ella.

Sí, más vale, aunque disienta de mi opinión el señorito hecho de pronto, al ver disipado un sueño de felicidad tan hermoso como el de alcanzar la bienaventuranza eterna resistiendo bravamente las tentaciones de la carne pecadora.

¡Tú reinarás!

«He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres.»

I

—¡Melania!

—¡Llamaba la señora!

—Mira: me voy a la novena, a la iglesia de los Padres... Si viene el señorito, y yo no estoy en casa, le das la comida y que no me espere, pues quizás tardaré... Pero no le digas que estoy en la iglesia, ¿eh?... Le dices que he ido a ver unos sombreros de *ocasión*, a ver a una amiga enferma... a la de Trujillo; sí, justo, a ésta... No dejes de repasar bien los calcetines del señorito; ya sabes el genio que tiene... ¡Ah! Y téñele bien cepillado el pantalón gris... ¿Dónde he puesto mis guantes?... ¡No sé dónde tengo la cabeza!... Aquí están... Dame el monedero... Ten cuidado con las patatas, que estén bien doraditas... Y apenas oscurezca quitas el canario del balcón... ¡Jesús! Tiene una que estar en todo... Mi comida la guardas en el horno, pero que no se queme, ¿eh?... ¿Las cinco ya? Me voy volando; ya sabes: estoy en casa de la Trujillo... ¡Cuidadito con la lengua!...

—Váyase tranquila la señora...

—Ya sabes: en casa de la Trujillo.

—Sí, sí, ya se lo diré... ¡Qué lata, Dios mío!

II

El esposo ha terminado la comida, y ha

repasado por tres veces los grabados de *Nuevo Mundo*. Enciende un cigarro. La criada desembaraza la mesa.

—¿Y dices que se marchó a las cinco?

—Sí, una cosa así...

—Pues ya son cerca de las ocho y media... Y ya llevamos así cuatro días... Aca- baré por comer solo en el café... Me parece que ha sonado el timbre...

—Sí, es la señora, la conozco en el modo de llamar...

Entra nerviosa, sofocada, quitándose el sombrero y los guantes.

—¿Sirvo la comida?

—No: déjame descansar un poco... Ya te llamaré...

—Pero, mujer, ¿qué haces? Te pasas todo el día en la calle... Con hoy ya son cuatro los días que como solo...

—Hijo, lo siento, pero una tiene sus compromisos de amistad... Hay que ser caritativa; ya ves, la pobre Trujillo está sola... ¿Por qué mueves la cabeza? ¿Es que no me crees?...

—No: tú haces algo ó vas a alguna parte que sabes que me disgustaría el saberlo, y por eso lo ocultas... Hace algún tiempo que te veo recelosa, con ciertos misterios... Tú no juegas limpio...

—¿Es que dudas de mí?

—De tu franqueza, sí; no me tildarás de tirano... Tienes libertad completa, pero creo que lo menos que puedo pretender es que me digas a donde vas...

—¡Qué tontería! Pues a tiendas, a ver a mis amigas, a cosas así...

—Y de tal modo te absorben esas cosas, que dejas a tu marido solo en la hora de la comida, a ese marido que apenas ves en todo el día, porque sus deberes le retienen afuera... Y él, que cuenta los minutos que le faltan para verte, llega a casa y la encuentra vacía... ¡Laura! mírame de frente... ¿Quién te desvía de tus obligaciones...?

La señora le mira con sobresalto.

—¿Acaso crees que tengo un amante?... ¡Dios mío!...

El marido, con firmeza:

—Un amante *todavía* no; pero alguien que se cruza en nuestro camino, y turba nuestra felicidad, sí. Laura, tú has vuelto a tus mojigaterías de soltera; tú has vuelto a visitar a los Padres... Quizás ellos vienen aquí en mis ausencias...

—¿Quién te lo ha dicho? ¡Ah! Esa Melania...

—Nadie. Tú misma te has vendido... Esto no puede continuar... Yo no me meto en tu conciencia, ni en tus ideas religiosas; pero no quiero que nadie se introduzca aquí para dividir y separar nuestras almas; para levantar un muro de odios y antipatías entre los dos, cuando sólo llevamos seis meses de casados... ¿No te acuerdas de los planes que formábamos en nuestras charlas de novios?... ¿Era tan débil tu afecto hacia mí, que lo ha disipado la primera sotana con que te has rozado?... ¡Piensas que hay ningún amor de esos que se describen en pulpitos y confesionarios que pueda suplir al mío, al *nuestro*?... Ven, acércate... tú eres buena, pero demasiado ingenua y sencilla... cuéntamelo todo: soy el único hombre que tiene derecho a buscar en los pliegues de tu conciencia y de tu corazón... Todavía es tiempo de cortar esta red que empieza a envolverte... Así, reclina tu cabeza sobre mí, como una niña en el regazo de su madre, y dime todo lo que haces... ¿Ves? Ya estás llorando... Habla, Laura mía: ábreme tu pecho; yo soy el mejor confesor que podías soñar...

III

—¿A quién anuncio?
—Diga usted á la señora que está aquí el P. Gavilán.
—Siéntese: voy al momento.
Al poco rato aparece el marido:
—Mi esposa está ocupada, y me encarga reciba á usted en su nombre... ¿Qué de seaba usted?...
—¡Oh, nada! (Aturdido, confuso y contrariado, sin saber por dónde salir) venía á traerle esta estampita del Sagrado Corazón; como ella es tan devota...
El marido leyendo: «¡Tú reinarás!... He aquí este corazón que tanto ha amado á los hombres.»
—Tome usted, no la necesita; ya tiene en casa el corazón que le hace falta, ¿entiende usted? Y además, esa leyenda no está bien, y deben corregirla así: «He aquí este corazón que tanto ama á las mujeres.» A lo menos, á ellas buscan ustedes... ¡Me lania! Acompañe usted á este padre... Y mucho cuidado con la escalera, no se vaya usted á caer y se rompa una pierna...

FRAY GERUNDIO

Aprended de mí...

La infame y deslenguada *Mala Prensa*, nos enteró en pocos días de que los frailes del Marqués de Casa Riera, subvencionados para civilizar los moritos de Marruecos, han dado ya el primer escándalo maltratando á un alumno de sus escuelas.

Al mismo tiempo nos adereza las informaciones del homicidio cometido en Ciempozuelos, en el Manicomio dirigido y explotado por los Hermanos de San Juan de Dios, para cuyo juicio se trasladó al lugar del suceso la Audiencia de Madrid.

Aun no terminada la lectura de este ejemplar relate, encontramos noticias de nuevos rumores acerca de una muerte violenta ocurrida en un convento de hermanitas de Málaga.

No nos enteramos del todo de esa noticia, porque tenemos que terminarla aprisa para repasar *La Voz de Astorga*, que llena dos planas hablando de un fraile fugado y de unos niños profanados.

Sin tiempo para acabar de enterarnos de esta ocurrencia, viene un telegrama de Ciudad Real, describiendo el juicio oral contra los Hermanos maristas de Manzanares, motivado por las familias de varios niños indecorosamente atropellados en aquel santo Colegio. Dieciocho acudieron á declarar los abusos deshonrosos de que hablan sido objeto.

No bien acabado de leer el nombre de la última víctima, reclama nuestra atención el escándalo de Gallarta, en donde un ciudadano que tuvo el honor de ser impio en vida y en muerte, fué conducido por las autoridades eclesiástica, militar y judicial al cementerio católico, ..

Españoles:

¡Corramos todos á Marruecos á civilizar á aquellos salvajes!

San Ignacio y los vascos

Hojeando la historia del jesuitismo del P. Mir, leo las explicaciones que da el jesuita fallecido hace poco acerca de la personalidad de San Ignacio de Loyola.

La tesis que defiende el autor, tan general y corriente, que puede considerarse como un lugar común, es esta: El jesuitismo tomó el carácter que le imprimió San Ignacio; San Ignacio fué como fué por ser vasco.

El P. Mir define al vasco como individualista, terco, rebelde, insociable, etcétera, cualidades y defectos que caracterizan á casi todos los pueblos y tribus que viven aislados en el campo y tienen poca cultura.

La psicología y la antropología del vasco son importantes para los españoles. El *euscalduna* parece ser el elemento más antiguo de la península. Si realmente hace dos ó tres mil años un elemento vasco, ó afine al vasco, era el más extendido en España y el producto más natural de su suelo, volverá á ocurrir lo mismo dentro de cientos de años por la influencia del medio y la eliminación lenta de tipos de otras razas venidas por emigración. Tal es la fuerza del ambiente. Esta hace, por ejemplo, que los yankees vayan pareciéndose á los pieles rojas.

Es también de importancia para los españoles la figura de San Ignacio de Loyola, representante genuino del maquiavelismo en religión, inventor de la ganzúa espiritual para abrir las puertas del cielo, y que en España, y sobre todo fuera de España, se considera como el símbolo de la religión negra, sin atractivos, sin belleza, sin poesía.

Examinemos la tesis del P. Mir. El padre Mir dice: El jesuitismo es como es por ser su fundador San Ignacio, y San Ignacio fué como fué por ser vasco.

A esto podemos contestar diciendo: Que es posible que el jesuitismo sea como es por estar fundado por San Ignacio, pero que no podemos decir que San Ignacio fué como fué por ser vasco, porque ignoramos cómo son los vascos.

..

¿El vasco es un tipo meridional ó nórdico? No lo sabemos. ¿Es susceptible de cultura ó no lo es? Tampoco lo sabemos.

Hace años, la idea clásica era considerar al vasco como un ibero, pueblo venido del Cáucaso, que pobló toda la península y parte del mediodía de Francia. Por lo tanto, era un pueblo agricultor, tranquilo y apto para la civilización.

Después, algunos investigadores, sobre todo filólogos, como Humboldt y Bonaparte, se inclinaron á creer el origen ural-altáico de los vascos. Para éstos el vasco era un tipo nórdico pariente de los esquimales, samoyedos, finlandeses y demás pobladores de terrenos boreales.

Pasadas estas rachas nórdicas vinieron otras meridionales, y los antropólogos trasladaron la cuna de los vascos de las proximidades del Polo á las del Ecuador. Muchos afirmaron el paralelismo del vasco con el bereber, lo cual explicaba las guerras carlistas, los cabecillas sanguinarios, la tendencia fanática, etc.

Otros han ido más lejos. Parece que hay palabras vascas que coinciden con algunas del copto ó antiguo egipcio. Esto ha

hecho creer á algunos que el vasco fué en su origen un pueblo de raza camítica, afine al judío, que pobló toda la cuenca del Mediterráneo y nació á orillas del Nilo.

La noticia del parentesco judaico, aun en la lejana antigüedad, no es muy halagüeña, pero si es cierta, no habrá más remedio que aceptarla.

En contra de estas varias opiniones del origen nórdico ó meridional de los vascos, hay otra que los considera autoctonos, y una última, probablemente la más exacta, que supone que á pesar de hablar hace dos ó tres mil años la lengua *euscara*, los *euscaldunas* no forman una raza pura. Es decir, que hay unidad filológica pero no étnica.

Los antropólogos han encontrado en las provincias vascas tres tipos distintos: el tipo ibérico ó bereber de hombre alto, aguileño, de ojos negros; el tipo germánico rubio, de cabeza larga, semejante á un inglés ó á un noruego, y el tipo celta de pelo castaño y de cabeza ancha, parecido á un francés vulgar.

¿Hay unidad espiritual entre todos estos tipos? ¿Les caracteriza algo especial? No lo sabemos. Si hay un carácter psicológico, no hemos dado con él. Ciertamente es que las manifestaciones intelectuales del país vasco han sido tan escasas que la parvedad de la materia ha impedido la prueba.

De todo esto se deduce la conclusión anterior, opuesta en principio á la sentada por el padre Mir. Que es posible que el jesuitismo sea como es por estar fundado por San Ignacio, pero que no podemos decir que San Ignacio fué como fué por ser vasco, porque no sabemos cómo son los vascos.

..

La segunda parte de la cuestión se presenta desde que ha comenzado á aparecer vagamente una ligera posibilidad de que San Ignacio de Loyola no sea vasco.

El año pasado, al ir á la Biblioteca Nacional á la sección de Raros, solía encontrarme muchas veces con el señor Pey Ordeix, que estaba tomando notas. Charlamos de las investigaciones que nos llevaban allí. Hablé yo de Eugenio de Aviraneta, intrigante oscuro, cuya vida andaba investigando, y habló Pey Ordeix de San Iguacio, intrigante célebre, á cuya vida andaba buscando las vueltas.

—Estoy estudiando la vida de San Ignacio, —me dijo Pey Ordeix;—es una vida rocambolesca. Creo que podré demostrar que San Ignacio de Loyola ni era Ignacio, ni era Loyola, ni era santo.

—¿Es posible?

—Sí, señor. Ignacio se llamaba Iñigo Yáñez y Oñez. Como quizás sepa usted, no hay fe de bautismo suya. Documento oficial de su nacimiento en Azpeitia no existe. ¿Usted recordará que se dice que cayó herido en el sitio de Pamplona? Bueno, pues yo he leído la lista de los oficiales que estuvieron en este sitio y no aparece el tal Iñigo Yáñez. En cambio, se encuentra un Iñigo Yáñez de oficial entre los comuneros de Castilla.

—Había muchos Iñigo Yáñez—dije yo,—porque Yáñez no quiere decir más que hijo de Juan, y entonces este apellido, como hoy, sería frecuentísimo.

—Ciertamente; pero cosa extraña, el Iñigo Yáñez, oficial comunero, era natural de Ciudad Real, y en este pueblo manchego aparece una familia de Loyolas. Quince ó vein-

te años después encuentro otro Iñigo Yáñez en un convento de Granada.

—Coincidencias raras.

Luego Pey Ordeix me habló de los plagios de San Ignacio y me mostró en un libro que tenía en las manos, escrito en catalán, titulado, si no recuerdo mal, *El Libro de las donas*, una porción de pasajes copiados por San Ignacio é interpolados en los Ejercicios Espirituales.

En ese *Llibre de las donas* está también el sermón de las dos banderas, que se considera como uno de los hallazgos más originales de San Ignacio.

Tras esto, Pey Ordeix me habló de la influencia que tuvieron en la formación del jesuitismo los alumbrados, y, sobre todo, los judíos, que sin duda dieron á la Compañía el carácter de secta semítica que aún conserva.

Al leer hoy la página del P. Mir, en donde se explica la génesis del jesuitismo, por el carácter vasco de San Ignacio, recuerdo la conversación que tuve hace un año en un rincón de la Biblioteca Nacional con Pey Ordeix.

Sería curioso que nuestro gran patrono (*Gurepatroy aundiya*) en vez de ser un hidalgo de Azpeitia resultara un hidalgo manchego.

Si fuera así, la semejanza que encontró Voltaire entre San Ignacio y don Quijote, estaría muy explicada.

Pero aunque fuera Ignacio de Azpeitia, la réplica con relación á lo dicho por el P. Mir sería siempre la misma: que aunque el jesuitismo sea como es, por estar fundado por San Ignacio, no podemos decir que San Ignacio fué como fué por ser vasco, porque no sabemos cómo son los vascos.

PIO BAROJA

Itzea-Vera (Navarra)

La libertad de conciencia

El cadáver de un disidente de la Iglesia.—Un juez émulo de Nerón.—En la casa mortuoria.—La guardia civil carga los fusiles.—Todos se niegan á conducir el cadáver á lugar católico.—En descomposición.

GALLARTA 19

Evaristo Abad antes de morir hizo manifestación expresa de ser enterrado civilmente. La familia se dispuso á cumplir la voluntad del finado.

El día 15 celebró una entrevista con el secretario del Juzgado un hermano del muerto, para poner en conocimiento del juez el deseo de ser enterrado en cementerio civil el cadáver de Evaristo.

El juez preguntó si el muerto había dejado algún documento en que acreditase ser disidente de la Iglesia. El hermano y otros amigos presentes constataron que, en efecto, con fecha 21 de Junio de 1910, firmó un documento en este sentido, en unión de D. Manuel Alonso, D. Domingo Alonso, y D. Rogelio García, que actuaron como testigos.

En vista de estas manifestaciones, el secretario les ordenó que vieran al juez. Es-

te exigió la presentación del documento y la presencia de los testigos.

Compareció uno, no haciéndolo los otros dos por estar ausentes. El juez hizo llegar á su presencia á la viuda, que, pasando por delante del cadáver de su esposo, se la obligaba á una diligencia vejatoria, saliendo á la calle cuando el recogimiento parece un lenitivo á la desgracia.

El juez la interroga acerca del deseo espreso de su marido de ser enterrado en el cementerio civil; ella contestó resuelta y afirmativamente.

A pesar de la voluntad expuesta en vida por el finado, y el deseo de la familia, el juez extendió un documento decretando el enterramiento católico. La viuda y el hermano se negaron á recibir el escrito, y entonces el juez lo envió al cura, adelantando la hora de la conducción al cementerio.

A las dos y media de la tarde del día 15, en medio de una general sorpresa é indignación de la familia y deudos del difunto, se presentó en el domicilio de éste una representación del clero, dos alguaciles, tres parejas de la Guardia civil al mando de un sargento y el juez. La comitiva penetró en la casa mortuoria sin requerimientos de ninguna clase.

Esta actitud provocadora produjo en la muchedumbre que se encontraba en la casa rodeando el cadáver, una protesta de indignación. El juez sostuvo con el hermano del muerto un violento altercado, en cuya discusión empezaba á tomar parte la comitiva de uno y otro bando. El juez mandó disolver el grupo, y entonces, recurriendo á la fuerza pública, obligó á varios individuos á coger el ataúd, á lo que éstos se negaron si no se retiraba el representante del clero. La Guardia civil cargó su fusiles y dijo que haría uso de las armas sino acataban el mandato de sacar el cadáver fuera de la casa mortuoria.

Agotados todos los recursos, hicieron venir cuatro empleados municipales; pero éstos hicieron causa común con los anteriores, negándose á trasladar los restos del infeliz Evaristo Abad.

El cadáver quedó en la casa, permaneciendo insepulto cuarenta y tres horas.

Al siguiente día celebraron una conferencia las autoridades y la familia del difunto, con objeto de sacar de la casa y del pueblo el cadáver, que había entrado en un período de descomposición tal, que hacía imposible la permanencia por aquellas proximidades. En esta conferencia se convino que se hiciese el traslado civilmente, y que el cadáver quedase en el depósito hasta que se resolviese la competencia.

Cual no habrá sido la sorpresa, al saber que pocos momentos después se le daba sepultura en lugar católico.

Con este caso y centenares análogos, no cabe duda que la Monarquía se liberaliza, y que el sagrado de la conciencia merece todos los respetos á las autoridades dependientes de un régimen de libertad y democracia.

Este argumento lo esgrimirán los evo-

lucionistas para justificar su ingreso en el régimen que nos separa de Europa. A

España Nueva

Espectáculo triste

En la iglesia parroquial del pueblecito de Cabanillas se produjo hace días un incendio que, según dice el *El Progreso* de las Palmas, además de causar bastantes daños, estuvo á punto de originar una catástrofe entre las numerosas devotas que se hallaban en el templo, á pesar de la deliciosa é higiénica temperatura de la estación que convida á pasear para oxigenar los pulmones, fortalecer los músculos y renovar la sangre, único medio de engendrar hijos sanos y fuertes para servir á la sociedad y á la patria.

En el altar mayor había una imagen de la Purísima Concepción, entre flores y gran número de velas, y parece ser que una de éstas cayó sobre el paño del altar, prendiéndole fuego.

La llama se extendió con gran rapidez, y como la Purísima era de trapos y madera, quedó reducida á cenizas en pocos minutos.

La confusión y el pánico que se produjo en los devotos fué grande. Todos, á pesar del refrán «fiate de la Virgen y no corras», querían ganar la puerta de salida al mismo tiempo, dando gritos de terror, atropellándose y cayendo al suelo sin reparar en detalles de sexo ni de pudores, resultando dos de ellas con un brazo fracturado y sufriendo varias diferentes contusiones.

Recomiendo que las imágenes se construyan en adelante de hierro y ladrillo, como las casas modernas, para evitar que sean destruidas por el fuego.

Es un espectáculo muy triste el ver que una imagen muy milagrosa arde como cualquier artefacto profano en cuya confección entra la madera y los trapos.

Muy triste, y además poco apropiado para mantener incólume la fe en el pecho de los creyentes.

LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PESETAS

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,

POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDIA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

LA RELIGION
al alcance de todos

Una peseta

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

Añani se sublevaron contra los cristianos de Francia y los mataron.

Al cabo de un mes murió el Papa, después de una temporada de cárcel.

A principios de aquel siglo (1307) reinaba en Hungría Caroberto. La paz y la abundancia y la cultura materiales florecieron bajo su reinado y el de su hijo; pero ¿a qué precio conquistadas? A expensas de la religión. Caroberto arrebató todo género de jurisdicción a los obispos, y no contento con exigir de ellos el juramento feudal y militar, insultó la religión del Crucificado obligándoles a pagar un donativo de ciento ó doscientas libras de plata cada año.

Es verdad que el reino carecía de recursos y los obispos tenían aquel dinero; pero era de los pobres ¡Señor! era de los pobrecitos pobres que pedían limosna y andaban descalzos y pereciendo de hambre.

Bien lo pagan hoy los húngaros: anda.

En Italia, a la muerte del señor de Milán, Azón Visconti, sus dos hermanos, Luchino y Juan el arzobispo, ocuparon el solio temporal, como si para ellos hubiese sido hecho, siendo esto tanto más de admirar, cuanto que toda la familia Visconti había sido excomulgada al por mayor, desde hacía tiempo.

Pero reinaron tan bien, que el Papa mismo, espontáneamente, les levantó la excomunión.

Eran muy poderosos.

Tan poderosos eran, que al morir Luchino, en 1349, dejó a su hermano, el arzobispo Juan, el señorío de las diez y seis ciudades principales de Lombardia: Milán, Lodi, Placencia, Borgo, San Donino, Parma, Crema, Brescia, Bérgamo, Novara, Como, Vercelli, Alba, Alejandria, Tortona, Pontremoli y Asti.

Y además, el arzobispo, con dinero que no era de los pobres, sino suyo y muy suyo, compró a Bolonia, y a pesar del Papa se conservó en ella tan campante.

Y aun sometió a Génova, al parecer por la fuerza de las armas, si bien yo creo que fué a fuerza de oraciones y penitencias.

Muchísimos fueron los enemigos que se reunieron para atacarle y le atacaron en efecto; pero el obispo los chasqueó a todos muriéndose de improviso y dejando por herederos a tres sobrinos suyos, según es costumbre inmemorial entre los arzobispos.

A mediados de aquel siglo pareció que iba a consumarse uno de los más faustos acontecimientos para la Iglesia cristiana, y según tengo entendido, varios corazones se estremecieron de placer.

Hablo de la esperanza de que se realizara finalmente la fusión de las Iglesias de Oriente y Occidente.

El Papa ya estaba hablado, y retozaba de júbilo casi infalible.

El emperador Cantacuzeno solicitó la reunión de un gran concilio, de un majestuoso, un imponente concilio de obispos de Oriente y de Occidente...

Ni uno compareció.

La Providencia creyó que no era llegado el momento oportuno de que se unieran las dos Iglesias: han pasado 519 años y sigue creyendo lo mismo.

¶ Cantacuzeno no se había de morir porque el concilio no se había reunido, y mucho menos teniendo la experiencia de su antecesor Andrónico que se había muerto en 1431 de enfermedad conciliar, es decir, a consecuencia de la furibunda agitación que había reinado en un concilio reunido por él en Santa Sofía, en el cual había pronunciado un larguísimo discurso, cuyo efecto no consistió precisamente en persuadir a nadie, sino en una fiebre violenta para él. Tan violenta que le acabó la vida.

¶ Es verdad que el objeto del concilio valía la pena. Era para averiguar de dónde y de qué manera procedía el Espíritu Santo, cuyo dogma no veía bien claro el emperador, por más que al Papa le pareciese tan terso y diáfano como a cualquiera de nosotros.

¡Ah! ¡No me acordaba!

Cuando el arzobispo Juan Visconti compró a Bolonia, se la compró a los señores Pépoli, que acosados por los florentinos y rechazados por el pueblo, no podían sostenerla bajo su dominio.

El Papa Clemente V emplazó al arzobispo porque imperaba en terreno creado por Dios para ser siempre pontificio.

Y a los enviados de Clemente les dijo Visconti, cogiendo con una mano la cruz y con la otra la espada:

—Estas son mis armas espirituales y temporales; con las unas defenderé las otras.

Para respuesta de arzobispo quizás parezca demasiado enérgica hoy; pero para final de acto, como respuesta de príncipe sería de grande efecto dramático.

¡Oh, el arte!...

El episcopado recibía diariamente pruebas del favor especial de la Providencia.

Cuando más encendido en ira se hallaba D. Pedro de Castilla llamado el Cruel, pudo atreverse a dar muerte al archidícono de Burgos; pero al arzobispo de To-

ledo sólo se atrevió a desterrarle, y el arzobispo dió una prueba evidentiísima del respeto que le merecían las potestades de la tierra, apresurándose de tal manera a cumplir la orden del rey, que ni se tomó tiempo para cambiar de traje, «ni para llevarse cosa alguna consigo», circunstancia que expresan los historiadores para dar a entender que la costumbre de los obispos era siempre llevarse algo, como varones previosores.

Hoy día, como falta la fe, no suceden ni se conciben ciertas cosas.

Por ejemplo: ¿se comprendería hoy que al pasar un río tuviese que pagarse peaje a un arzobispo? No, porque nos falta aquella virtud sobrenatural que da cumplida satisfacción al deseo de admitir todo género de misterios divinos.

Decidle a nuestra grosera generación que siendo divina y humana la naturaleza del Hijo, es justo que el episcopado sea corporación decente, legislante y co-brante y no sometida en nada al poder civil, y os mirará con extrañeza como si oyera un absurdo.

¡Oh, las creencias!

Entonces, el respeto más profundo...

Yo no sé lo que habría hecho el rey D. Pedro, de quien acabamos de hablar, cuando supo que el obispo de Calahorra había entregado la ciudad a D. Enrique; pero sé que al ir a Portugal mató, de paso, al arzobispo de Santiago y al deán de Toledo, y todo el mundo quedó escandalizadísimo, porque en efecto, entonces había verdadero respeto y amor al episcopado.

Por aquellos años precisamente, cuando el dux de Venecia se resolvió a devolver la ciudad de Luca a sus habitantes, hizo entrega de ella al obispo de Aosta. Así cuando los rebeldes pisanos recobraron la libertad, ya no fueron tan poderosos para poder pervertir a las demás ciudades con su ejemplo é influencia, porque con perder a Luca habían perdido la virtud de su poder.

Y también fué por entonces cuando en 1337 quiso Eduardo hacerse, como en efecto se hizo, rey de Francia, para explorar é inclinar los ánimos del conde de Hainaut, de los señores de los Países-Bajos y de la Baja Alemania, y de aquel célebre cervicero que gobernaba en Flandes, confió tan delicado encargo al obispo de Lincoln.

El resultado coronó sus esfuerzos: fué el triunfo completo: no hubo más fracaso sino que aquella resolución comenzada en un año, produjo ciento quince años de guerra.

(Continuad)

IMPRESA.—LIBERTAD 31—MADRID